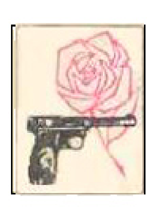


Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

# El gran cementerio

La agente Baby pasa por los archivos de la CIA y consulta las fichas de cuatro agentes. Luego se va sin explicar para qué las quería.

Pero Mr. Cavanagh cree saberlo. Hay un agente que la CIA considera traidor, pero que seguramente Baby querrá proteger, ya que quiere evitar lo que él llama «el gran cementerio».




Lou Carrigan

# El gran cementerio

**Brigitte en acción - 257**

**Archivo Secreto - 207**

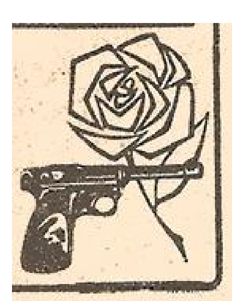
**ePub r1.0**

**Titivillus** 22.07.2017

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





# ARCHIVO SECRETO

# Brigitte EN ACCION



# Capítulo Primero

Míster Cavanagh, jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, estaba ocupadísimo aquella mañana. Como siempre, había problemas en todas las partes del mundo, pero aquel día había tres puntos que le preocupaban sobremanera: inquietantes acontecimientos inesperados en Buenos Aires, situación difícil para dos agentes en Lisboa, y alarmantes noticias de un recrudecimiento de la agresividad en Beirut, orientada por agentes de procedencia desconocida.

El intercomunicador que míster Cavanagh tenía a su derecha sobre la gran mesa reluciente emitió un zumbido, y el jefe de los espías de acción de la CIA dejó de reflexionar en el acto, para atender la llamada.

—¿Sí?

—Soy Loewe, señor. Ella está aquí.

Míster Cavanagh quedó desconcertado, pero por poquísimo tiempo, apenas un segundo.

—¿Baby? —inquirió.

—Sí, señor. Se ha presentado en Fichero, ha pasado el control electrónico, y ha solicitado permiso para mirar el fichero general. Me ha parecido oportuno concedérselo.

—Naturalmente —asintió Cavanagh—. ¿Qué nombre está buscando ella en el Fichero?

—No lo ha dicho, señor. A mí me ha sorprendido que usted no comunicase la llegada de Baby a Fichero, así que le he llamado por si había algo que no estaba bien.

—No, no… Lo que ella haga, bien hecho estará, Loewe. Déjela hacer lo que quiera. Pero, en cuanto salga de ahí, llámeme para decirme qué ha hecho exactamente.

—Muy bien, señor.

Míster Cavanagh cortó la comunicación, y quedó de nuevo

pensativo. Pero ya no pensaba en las múltiples problemas internacionales de la CIA, sino en la agente Baby. Su nombre oficial clave en los ficheros de la CIA era Agente N. Y. 7117, pero casi nadie sabía esta sigla. Para todos los espías del mundo, la mujer que estaba ahora husmeando en el Fichero General de la CIA era simplemente Baby, la espía más peligrosa e implacable del mundo. Y esto era todo lo que sabían: que existía una mujer invencible que era llamada Baby en el mundo del espionaje.

¡Qué pocas personas sabían que Baby era la señorita Brigitte Montfort, la bellísima, elegante e inteligente periodista neoyorquina! Alta, de proporciones magníficas y armoniosas, azules los grandiosos ojos, sonrosada la dulce boquita, cándida la bien curvada frente, la señorita Montfort era mundialmente conocida como periodista, ganadora del Premio Pulitzer, además. Pero seguramente, la mayoría de las personas que la conocían como periodista habrían quedado atónitos si alguien les hubiese dicho que aquella preciosa y angelical criatura era capaz de matar fríamente, sin un pestañeo, sin el más leve temblor en sus delicadas manos…

Zuummmm, sonó el intercomunicador.

—¿Sí? —admitió Cavanagh, arrancado bruscamente de sus gratos recuerdos sobre Brigitte Baby Montfort.

—Ella acaba de marcharse, señor.

—¡Ah, Loewe…! Bien, ¿qué letra ha estado mirando ella, en el Fichero?

—Ha mirado en cuatro letras, señor: A, K, M, S. Eso ha sido todo lo que ha hecho. Acaba de salir.

—Está bien. Gracias, Loewe.

Cavanagh cortó la comunicación, y quedó de nuevo pensativo… La A, la K, la M, la S… Al parecer, Baby se había interesado por cuatro empleados de la CIA. Nada menos que cuatro. ¿Cuáles de ellos, y por qué? Cavanagh frunció el ceño… ¿Había algo importante relacionado con un agente cuyo apellido empezase por A, K, M o S? La respuesta era obvia: si Baby estaba interesándose por uno de los agentes del Fichero, era que algo importante ocurría, había ocurrido, o iba a ocurrir relacionado con uno de esos cuatro agentes o con los cuatro. Eso era tan seguro como que en aquel momento estaba viendo el sol afuera.

—Puedo pedir a Fichero las listas de todos los agentes cuyos apellidos comiencen por A, K, M o S. Y quizá eso podría ayudarme a localizar…

Los pensamientos de míster Cavanagh quedaron bloqueados; Su rostro palideció, su boca tuvo una brusca crispación sincronizada a la de los párpados. Rápidamente, sacó de debajo de un montón de papeles y carpetas, la correspondiente a la semana anterior de asuntos de máximo secreto. En la lista habían quedado pendientes de solución dos asuntos. Y uno de ellos hacía referencia a un agente de la CIA llamado Brian Kendall. Brian Kendall, agente interno de la CIA, había desaparecido hacía una semana…, perseguido por la propia CIA, por traidor. Traidor a los ojos de la CIA, pero…

—¡Loewe! —Casi gritó por el intercomunicador.

—¿Señor?

—¡Busque en la letra K, retire la ficha de Brian Kendall, y llévela al laboratorio para que vean si están en ella las huellas digitales de Baby!

—Imposible, señor.

—¿Cómo, imposible? ¡Todo lo que hay que hacer…!

—Ella llevaba guantes, señor. Lo recuerdo porque me llamó la atención, naturalmente. Quiero decir que para mirar en el fichero, pues no es cómodo utilizar guantes.

—Está bien. Eso es todo, Loewe —Cavanagh cortó la comunicación, quedó con el ceño fruncido, y, de pronto, sonrió—. Bueno, ¿voy a sorprenderme de que ella sepa hacer las cosas? —se dijo a sí mismo en voz alta; llamó por otro canal del intercomunicador—. Strike… ¡Strike!

—¡Sí, señor!

—Baby está en el edificio. Quizá venga a mi despacho, pero más bien creo que se dirige hacia la salida. En uno u otro caso, quiero que cuando ella se aleje de aquí esté sometida a control total.

—¿Control de protección, señor?

—No.

—¿Quiere decir, señor, que debemos… vigilar… a Baby?

—Durante veinticuatro horas al día, con informes cada tres horas sobre sus actividades, y hasta nueva orden. ¿Está claro?

—Sí, señor. Descuide, señor: Baby queda sometida desde este mismo instante a control total.

* * *

Baby Montfort cruzó el rutilante vestíbulo circular del edificio de la CIA en Langley con toda naturalidad, como si fuese una visitante más en lugar de ser la niña mimada de la CIA. Por supuesto, fue inevitable que la mirasen, pero seguramente no pasarían de dos personas las que supiesen quién era en realidad aquella hermosa y elegante joven de bellísimos ojos azules y boquita sonrosada que caminaba dejando al viento sus largos cabellos negrísimos y suavemente ondulados.

Salió del edificio y se dirigió al estacionamiento, donde había dejado su coche, el Viejo «Cadillac» del que se resistía a desprenderse. Subió al coche, lo puso en marcha, y comenzó a alejarse, iniciando el regreso a Nueva York por la ruta de carretera que le evitaría pasar por Washington.

Eran las once y media.

Hacia la una y cuarto, detenía el coche delante de un modesto parador de carretera, cerca de Wilmington, donde se dispuso a almorzar, ante la atónita mirada de los demás clientes y la satisfacción del propietario, que no creía lo que veían sus ojos. ¡Una auténtica dama, y además bellísima, en su parador…!

Brigitte Montfort permanecía ajena a todo esto mientras esperaba el almuerzo tomando un aperitivo y fumando un cigarrillo. En su mente, ya para siempre, había quedado fotografiada la carta que había recibido el día anterior en su apartamento de Nueva York, en el Crystal Building de la Quinta Avenida.

Esto decía la carta:

«Soy de la CIA. Mi nombre es Brian Kendall, pero usted me llamaría Simón. Le agradecería que me visitase cuanto antes en la cabaña 29 del Niágara Falls Lodge, parte canadiense. Me atrevo a rogarle que no comunique a nadie mi paradero, y que acuda usted sola. Por favor. Gracias».

Una carta breve, pero muy clara. Aunque podían surgir muchas preguntas tomándola como base. La pregunta más importante era: ¿cómo había sabido Brian Kendall la dirección; en Nueva York, de Brigitte Montfort? Sólo podía haberlo conseguido de una manera: siendo de la CIA, en efecto, y además, un empleado de cierta importancia, con acceso a informaciones no corrientes. Y por

supuesto, el nombre verdadero y la dirección de la agente Baby no estaban al alcance de cualquiera.

Pero sí de Brian Kendall. Éste figuraba en el Fichero como asesor, nombrado hacía casi tres años. Brian Kendall tenía en la actualidad sesenta y tres años, y estaba prestando servicios en la CIA desde mil novecientos cincuenta y uno, es decir, hacía casi veinticinco años. Había hecho de todo dentro del organismo de espionaje norteamericano, y su expediente era magnífico. Sin lugar a la menor duda, Kendall era un hombre en quién se podía confiar siempre. Brigitte había visto su fotografía en la ficha: cabellos canosos, rostro firme, mirada penetrante, facciones agradables, frente despejada… Sesenta y tres años rebosantes de vigor y de inteligencia. Es decir, sesenta y dos, en aquella fotografía, tomada el año anterior. De todas maneras, un año no podía tener ninguna importancia para el aspecto físico de un hombre como Brian Kendall.

Otra pregunta que se podía hacer era: ¿por qué no debía ella decirle a nadie el paradero de Kendall? Para Brigitte, cuando se escribía la palabra nadie quería decir nadie absolutamente, sin ninguna excepción. Es decir, que ni siquiera la CIA debía saber dónde se hallaba Kendall en aquellos momentos.

—Ensalada de pollo.

Brigitte alzó la mirada hacia el propietario del parador, y sonrió.

—Muchas gracias.

A las dos y cinco minutos de la tarde, la señorita Montfort reanudaba su viaje en coche propio hacia Nueva York, adonde llegó un poco antes de las cinco. A las cinco y veinte estaba en su apartamento, en el piso veintisiete del Crystal Building, a cuya puerta acudió a recibirla Peggy, la rubita ama de llaves, llevando en brazos al diminuto «Cicero», el perrillo chihuahua que tanto tiempo atrás le regalara Frank Minello a la divina espía, y que ladraba de gozo al verla ante él, estremecido como si tuviese frío.

—¡Hola, chiquitín! —Le acarició Brigitte la cabeza—. Vamos, vamos, cálmate: sólo hace veinticuatro horas que no nos vemos… ¿Ha habido alguna novedad, Peggy?

—No, señorita. Pero estaba temiendo que perdería el vuelo a Niágara Falls; el avión sale a las siete y cuarto.

—Saldré en seguida hacia el aeropuerto…: ¡No quisiera que

Frankie me encontrase aquí!

—Ya ha venido, pero se ha marchado. Le he dicho que usted se había ido esta tarde a Hong Kong.

—¡A Hong Kong! —Se pasmó Brigitte—. ¿Y se lo ha creído?

—Naturalmente.

Brigitte se echó a reír.

—Tienes razón —admitió—. Quizá no se habría creído que estaba de compras, pero que la agente Baby salga hacia Hong Kong es perfectamente normal. Has tenido una buena idea… Y no vayas a decirle, en ningún momento, que estoy ahí al lado, en Niágara Falls.

—Claro que no, señorita. Le he preparado una maleta de invierno, y el maletín. ¿Está bien así?

—Perfecto, Peggy. Llama un taxi mientras me cambio de ropa, por favor. Dame, yo tendré unos minutos a este escandaloso.

Tomó con una mano a «Cicero», que se puso a aullar de alegría, y se dirigió hacia el dormitorio. Dejó al perrillo sobre una banqueta, y procedió a cambiarse de ropa…

Eran las seis y cinco cuando la señorita Montfort se alejaba, en taxi, del Crystal Building.

A las siete y cuarto, un avión despegaba del Kennedy con destino a Buffalo. Y ciertamente, la señorita Montfort viajaba en ese aparato. Con una sola pregunta en su mente, en aquellos momentos: ¿podía confiar en Brian Kendall? Había revisado su expediente, había visto su rostro honrado y viril en una fotografía; todos los datos favorecían a Kendall, pero…, ¿podía ella confiar en un hombre que la llamaba a escondidas de la CIA…, a la cual pertenecían ambos?

# Capítulo II

Debían faltar un par de minutos para las diez de la noche cuando Brian Kendall, que estaba sentado en una mecedora del saloncito de la cabaña 29 del Niágara Falls Lodge, oyó el suave frenazo de un coche, delante de la cabaña.

Era una anciana.

Kendall vio sus cabellos blancos reflejando la iluminación no sólo del Lodge, sino de las cercanas cataratas, cuyo rumor percibía amortiguado, lejano. Estaba delante mismo de las famosísimas Cataratas del Niágara, y podía disfrutar de su belleza tanto de noche como de día; pero Brian Kendall no estaba allí para disfrutar, ni mucho menos.

Sonó el timbre de la puerta, y Kendall fue a abrir, sin precaución alguna. Allá estaba la mujer, mirándole con suma atención, pero con gesto amable, sonriente.

—¡Oh, perdón! —se disculpó la anciana—. Me temo que me he equivocado de cabaña. Estoy buscando a…

—¿A Brian Kendall, quizá, señora? —sonrió éste.

—Pues sí. Sí, en efecto. Debía haber venido una sobrina mía, pero no le ha sido posible… Si usted es el señor Kendall, tengo un recado que darle.

—Tenga la bondad de pasar —se apartó Kendall.

La anciana entró, Kendall cerró la puerta, y señaló hacia el saloncito. La anciana no se movió. Continuaba mirándole con toda atención, y Kendall comprendió. Se dirigió en primer lugar hacia el saloncito, oyendo detrás los pasos de la anciana. Pasos normales, ya no pasitos menudos y vacilantes. Al llegar al centro de la pieza, Kendall se detuvo y alzó los brazos.

—Puede registrarme si lo desea, Baby.

—¿No lleva armas?

—Tengo una pistola, escondida bajo el asiento de ese sillón —

señaló de lado, sin volverse—. Quiero decir, detrás del asiento. ¿Realmente desconfía de mí?

—Si va a decirme que si hubiese querido matarme podría haberlo hecho sin necesidad de citarme aquí, no se moleste. Eso ya lo he pensado yo. Lo que no he podido pensar es qué se puede conseguir haciéndome venir a este lugar. Ya que conoce mi nombre y dirección…, ¿por qué no vino a visitarme?

—Me siento más seguro aquí. Y usted también debe considerarse segura, al menos por lo que a mí respecta. ¿La ha seguido alguien?

—Que yo sepa, no, desde luego.

—¿Ni siquiera de los nuestros? —insistió Kendall.

—Ya le digo que no. A menos que se me haya considerado sujeto peligroso y me hayan destinado una vigilancia electrónica, lo cual me sorprendería, pues no he dado motivo alguno, a mi juicio… Siéntese, Kendall. En ese otro sillón.

Kendall se volvió. La anciana había requisado la pistola que él había escondido en un sillón, y tras revisar el otro, lo estaba señalando. Ella se sentó en el primero, y se quedó con la pistola de Kendall en la mano, esperando. El rumor de las cataratas llegaba como lejano, amortiguado…

—¿Y bien? —Alzó las cejas Baby.

—¿Ha oído usted hablar del Proyecto Orbis? —musitó Brian Kendall.

—No.

—Bien… En primer lugar, debo decirle que yo soy un traidor, Baby.

Las facciones de la anciana permanecieron impávidas.

—Traidor…, ¿a qué o a quién?

—A la CIA, en primer lugar, y sin duda alguna. Luego, la cosa es un poco más compleja. Yo no diría que soy un clásico traidor a la patria, pero evidentemente, estoy traicionando algunos intereses de Estados Unidos… o mejor dicho, de las personas que tienen el control político y económico del país.

—No le entiendo muy bien.

—Quiero decir que desde hace un par de años he estado vendiendo secretos conseguidos en la CIA.

—¿Qué fin perseguía usted?

—Buena pregunta —aprobó Kendall—. Un fin sencillo y

facilísimo de comprender: enriquecerme. Enriquecerme yo y tener la certeza de que, cuando muera, dejaré una auténtica fortuna a mi familia.

—¿Qué clase de secretos ha estado vendiendo y a quién?

—El hombre que me ha estado comprando todo lo que yo podía venderle es… Un tanto peculiar. Dice llamarse Oscar Oliver Osgood, pero podría llamarse de cualquier otra manera, y no ser ni siquiera norteamericano. En cuanto a los secretos que le he estado vendiendo, digamos que todos ellos han sido aprovechados con fines económicos, no bélicos o políticos.

—Póngame un ejemplo.

—Sí. Bien… Supongamos que yo estoy trabajando en mi gabinete de la Central, por el cual pasan muchísimas noticias de índole internacional. Una de esas noticias indica que nuestro personal destinado en un país al que llamaremos Equis ha captado rumores de que el Gobierno está preparando la nacionalización de las minas de tungsteno, pongamos por caso. Yo le informo de esto a 000, y él mira si…

—¿Lo llaman así: 000?

—O Triple 0, sí. Decía que él mira si entre sus muchos negocios hay alguno relacionado con la minería de tungsteno de Equis. Si así es, se apresura a vender antes de que el Gobierno haga pública su decisión de nacionalizar las minas. Con ello, se evita una pérdida, y generalmente incluso hace un buen negocio. Ahora, supongamos que es al revés: el país llamado Equis está descontento del escaso rendimiento de las minas de tungsteno, hasta el punto de que está empezando a considerar que su explotación no es rentable; lo que no sabe el Gobierno de Equis, pero sí nuestro personal de la CIA en ese país, es que la riqueza en tungsteno es enorme…, sólo que en otro lugar del país. Entonces, nuestros agentes pasan el informe a la Central, a fin de que Washington pueda hacer ofertas aparentemente amistosas y sin interés de lucro a Equis para ayudarle a seguir adelante con las minas…

—¿Pero 000 se adelanta?

—Así es. Yo aviso inmediatamente a 000, y éste hace una oferta privada de financiación a Equis, adelantándose a Estados Unidos. De todos modos, aunque la oferta de USA y la de 000 lleguen simultáneamente. Equis prefiere la financiación privada antes que

comprometerse con el gigante norteamericano. Firma su compromiso con 000, y poco después, éste empieza a ganar millones cuando se descubren los nuevos y fabulosos yacimientos de tungsteno. Otro ejemplo, sería que la CIA tuviese noticias de que en el país al que llamaremos Dabliu va haber una revuelta social y militar de alcances imprevisibles. ¿Qué va a hacer la CIA? ¿Permanecerá al margen, apoyará la revuelta, o la detendrá? Según lo que vaya a hacer la CIA, 000 vende sus posesiones en Dabliu o compra todo lo que puede. La consecuencia es siempre la misma: cada día que pasa 000 es más y más rico.

—Podríamos llamar a esto espionaje financiero —casi sonrió la anciana.

—Supongo que sí. ¿Le hace gracia?

—Bueno, yo entiendo que 000 simplemente se aprovecha de los acontecimientos mundiales, no los provoca. Es uno de tantos sinvergüenzas que hay en el mundo aprovechándose de las calamidades ajenas, pero él no hace nada para provocarlas. ¿O sí?

—Que yo sepa, no, hasta ahora. Sin embargo, espero que usted haya comprendido que 000 no sólo tiene contactos en la CIA, sino en otros servicios de espionaje.

—Me parece lógico. ¿Dónde podemos encontrar a ese astuto caballero?

—No es fácil de adivinar. En muchos sitios. De todos modos, aunque supiese dónde está, no le sería fácil llegar hasta él… Ni siquiera a usted, Baby. Por otra parte, no es eso lo que interesa en estos momentos. Más bien es conveniente esconderse de 000.

—¿Por qué? Si usted trabaja para él…

—Ha habido un pequeño contratiempo: me he negado a facilitarle la última información conseguida en mi gabinete. Es decir, no me he negado aún, pero sé que, no tardando mucho, 000 comprenderá que este mes no pienso servirle como en otras ocasiones, y entonces todo se complicará mucho. Durante un par de días, estuve tentado de ofrecerle a 000 toda la información mensual, excepto la referente al Proyecto Orbis, pero temo que no daría resultado.

—¿Por qué no?

—Ya le digo que 000 tiene otros canales de información. Quizá se le mencionase el Proyecto Orbis, él comprendería que dicho

proyecto tenía que haber pasado por mi gabinete, o que, de todos modos, yo habría tenido acceso a él, y, al no incluirlo en mi material mensual resultaría evidente que le estaba escamoteando algo que para él, desde luego, sería muy valioso. Entonces, mi vida no valdría un centavo.

—¿Lo haría matar? —Frunció el ceño la anciana.

—Sin la menor vacilación… Pero no es eso lo que me preocupa. Lo que más me preocupa es que si no me encuentra a mí, sé que hará todo el daño que pueda a mi familia. Es capaz de todo, incluso de bombardearlos, o decapitarlos… No quisiera tener que enfrentarme a 000, francamente —se estremeció Kendall.

—Sin embargo, lo está haciendo, ¿no es así?

—Todavía no. Antes, quiero tener la certeza de que cuento con la ayuda de usted. Si usted no acepta ayudarme, sólo tendré dos alternativas. Una: avisar a mi familia para que se escondan bajo tierra…, lo cual no serviría de gran cosa, tratándose de 000. Y dos: no enfrentarme a 000, darle los microfilmes del Proyecto Orbis, y seguir como hasta ahora. Eso suponiendo que la CIA no haya dado orden de cazarme, pues deben temer que haya conseguido información concreta sobre el Proyecto Orbis… ¿No sabe usted si hay orden de capturarme?

—No sé nada al respecto. De todos modos, señor Kendall, me parece que, a partir de ahora, no va a poder usted tomar las decisiones.

—¿Por qué no?

—Porque lo haré yo, naturalmente. ¿Cuánto hace que falta usted de su puesto en la Central?

—Una semana.

—¡Por Dios…! ¿Hace una semana que se marchó usted…, y se pregunta si han dado orden de capturarle? ¡Claro que lo habrán hecho! ¿Cómo ha podido ser usted tan torpe? ¡Podía haberme pedido ayuda de todos modos, sin moverse de su puesto!

—Me asusté. Me asusté mucho cuando leí el Proyecto Orbis. Creo que me ofusqué… Bueno, tengo ya sesenta y tres, años, he leído cosas a cuál más repugnante, en ocasiones me habría puesto a gritar, o a darme de cabeza contra la pared… Pero cuando leí el Proyecto Orbis, ya fue demasiado. Perdí la serenidad, me temo. Lo fotografié, y escapé en cuanto pude. Podía haberlo hecho todo, con

discreción, y haberme entrevistado con usted cualquier fin de semana, tranquilamente; pero ya le digo que perdí la serenidad. No sabía en quién confiar, estaba aterrado… Y si me hubiese quedado en el gabinete, desde luego se habrían dado cuenta. Así que me marché. Y por fin, pensé en usted. Sé que usted me ayudará.

—Si usted ha cometido traición, no puedo ayudarle en nada, señor Kendall. Debería saberlo.

—Eso son insignificancias. Quiero saber que a mi familia no le ocurrirá hada, ni por parte de la CIA ni por parte de 000. Usted puede garantizarme eso. Sólo eso. Pero además, me gustará ver cuál es su reacción cuando conozca el Proyecto Orbis. Y, sobre todo, daría todo cuanto tengo por saber si a usted se le puede ocurrir algo para detenerlo.

—Explíqueme ese proyecto, y estudiaremos lo que más convenga. Bien entendido que yo no le garantizo que su traición vaya a quedar sin castigo.

—Ya le digo que eso son insignificancias. Tengo el microfilme en el dormitorio; pero no tengo proyector.

—No se preocupe por eso —Baby alzó del suelo el maletín forrado de raso negro, y lo colocó sobre sus rodillas—. Yo tengo un visor adecuado para microfilmes normales. Es un pequeño truco montado en mis gemelos de teatro. Vaya a buscar el microfilme.

—¿Yo solo?

—¿Qué le pasa? —se sorprendió la anciana—. ¿Tiene miedo?

—Sólo me sorprende que acepte perderme de vista.

—No diga tonterías. Estamos hablando en serio, ¿no es así? ¡Vamos, vamos, Kendall, no perdamos el tiempo!

—Yo podría tener otra pistola en el dormitorio, y volver con ella para matarla.

—Lo cual le resultaría menos fácil que haberme esperado una tarde cerca del Crystal Building y haberme metido una bala en la nuca desde un metro de distancia. Vaya a por ese microfilme.

Brian Kendall asintió, y fue hacia el dormitorio. Entró en éste sin encender la luz, directo hacia el cuadrito que había sobre la moderna cómoda vertical de seis cajones. Había colocado la pequeña película entre la tela y el marco, en la parte inferior. Lo único que tenía que hacer era apretar la tela de modo que se separase del marco, y recoger el microfilme.

Era muy sencillo, y así lo hizo. Descolgó el cuadro, hundió el ángulo de la tela con el pulgar de la mano derecha, y retiró la pequeña cinta negra con dos dedos de la izquierda. Volvió a colocar el cuadro en su sitio, y miró por la ventana casualmente, sin darle mayor importancia.

Se quedó inmóvil.

¿Había visto bien, o todo había sido una alucinación?

Se colocó a un lado de la ventana, mirando hacia el exterior, hacia donde le había parecido ver la silueta de un hombre junto al tronco de un árbol. Afuera había el suficiente resplandor para que hubiese podido ver el cuadro e, incluso, el microfilme escondido en él; por lo tanto, era iluminación más que suficiente para que pudiese distinguir al hombre, muy pocos segundos después. Y no vio a uno solo. Vio a dos. Estaba seguro de que había dos, vigilando la cabaña. Eso, por la parte de atrás… ¿Cuántos habría por la parte de delante, o por los lados…?

—¡Traidora! —jadeó Kendall.

Estaba como paralizado. ¡Sí, ella sí que era una puerca traidora! Puerca y asquerosa traidora… Un hombre que dice ser un Simón le pide ayuda, y ella no confía en él. Baby no había confiado en Brian Kendall-Simón. Simplemente, había avisado a la CIA de su paradero, y le habían tendido una trampa. ¿Cómo había podido ser tan estúpido de creer todo lo que se contaba de Baby y que ella era capaz de todo por ayudar a un compañero? ¡Bien lo estaba demostrando, la muy puerca! Ella entra en la casa, le sonsaca todo, burlándose de él, y luego, seguramente, saldría, tan ricamente, dejándolo metido en aquella trampa, sin correr riesgos. ¿Para qué, si ya habría recuperado el microfilme del Proyecto Orbis, tal como el maldito Cavanagh le habría ordenado? A ella le bastaba recuperar el microfilme. Lo demás, si había qué cazarlo a balazos o él decidía entregarse pacíficamente, a Baby ya no debía interesarle…

Kendall se pasó una mano por la frente, y la notó helada. Si tuviese la pistola, podía intentar escapar en aquel mismo momento, por la ventana, disparando contra los dos hombres que veía. Pero estaba realmente desarmado, él había confiado en Baby, se había puesto en manos de ella.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer…?

Guardó el microfilme en un bolsillo de la chaqueta, y se apartó de la ventana. Por supuesto, no pensaba dejarse atrapar tan fácilmente…:

—¿Kendall? —Llegó la voz de Baby.

—Sí, voy en seguida —se sorprendió a sí mismo Kendall, replicando con voz normal, con naturalidad.

Cuando salió al saloncito, Baby no estaba donde esperaba hallarla, esto es; sentada en el sillón, sino cerca de la puerta de separación, mirándole fijamente, con cierta expresión de extrañeza…, y con la pistola en la mano.

—¿Ocurre algo? —musito la anciana.

—Claro que no. Es que he ido con mucho cuidado al despegar el microfilme de su escondrijo —lo sacó del bolsillo y se lo entregó—. ¿Está segura de que su visor servirá?

—Espero que sí.

Baby tomó el microfilme, volvió a sentarse en el sillón, evidentemente tranquilizada, y metió la negra tira por la ranura especial de sus gemelos de teatro. Se colocó a contraluz e hizo girar la lente, buscando la graduación adecuada…

La cabeza de la espía fue fuertemente sacudida por el golpe aplicado por Kendall en la nuca. Los gemelos saltaron, pareció que la cabeza de blancos cabellos fuese a saltar de los hombros, y la anciana cayó de bruces delante del sillón, encogidos los hombros, crispado el rostro con un gesto de terrible dolor, ladeada la blanca peluca, apoyada la mejilla izquierda en el suelo, abiertas ambas manos, bellas, y delicadas como flores caídas en el suelo.

Brian Kendall se apresuró a hacerse cargo de la pistola, con la que apuntó rápidamente a Baby. Pero ésta no se movió. El golpe había sido poderoso y certero; fulminante y total, la pérdida de conocimiento. Brian Kendall le dio la vuelta, dejándola cara al techo, y la registró rápidamente, esperando hallar algún pequeño *magic ear* que hubiese permitido a los agentes de la CIA que esperaban afuera saber lo que estaba ocurriendo dentro de la cabaña.

No había ningún oído mágico; ningún pequeño micrófono.

Finalmente, acabó de retirar de la cabeza de Baby la peluca, y se quedó mirando la hermosa cabellera negra. Durante un minuto estuvo reflexionando sobre lo que le convenía hacer. Y no tardó

mucho en llegar a una solución que le pareció satisfactoria.

Se quitó la corbata, colocó de nuevo a Baby boca abajo, y le ató las manos a la espalda utilizando la corbata. Luego, la colocó sobre el sofá, y de allí consiguió cargársela en el hombro izquierdo, doblada por la cintura, colgando la cabeza frente a su pecho. Con la mano izquierda la sujetó por los cabellos, y con la derecha empuñó la pistola, cuya boca de fuego colocó junto a la sien derecha de Brigitte Montfort.

Perfecto.

Cargado con la divina espía, Brian Kendall fue a la puerta de la cabaña, y la abrió, recibiendo en el acto el fuerte rugido de las cercanas cataratas, y sabiendo que el resplandor de su iluminación lo hacía, a él, perfectamente visible. Así que colocó de nuevo la boca de fuego de la pistola en la sien de Baby, y dio un paso hacia adelante.

—Voy a marcharme con el coche de ella —dijo, alzando mucho la voz, casi gritando—: si alguien intenta algo para impedírmelo, la mataré.

—Tenga cuidado con lo que hace, Kendall —dijo, con voz tensa, uno de ellos—: si la mata, lo haremos pedazos.

—La mataré si se acercan a mí.

—Está empeorando su situación. Todo lo que tiene que hacer es regresar con nosotros, y dar una explicación sobre…

—¡Cállese!

—Está perdiendo la serenidad —dijo el otro, amablemente—. Vamos, Kendall ¿qué le ocurre? Usted es de los nuestros, somos compañeros. Estoy seguro de que podrá explicarlo todo.

—Quiero que todos ustedes se alejen —insistió Kendall—. Menos uno; que va a conducir el coche. Voy a sentarme en la parte de atrás, con ella. Y uno de ustedes nos llevará lejos de aquí.

—Yo mismo lo haré —se adelantó más el último al hablar—. Sobre todo, conserve la serenidad, no dispare.

Habían aparecido tres hombres más. Pero ninguno hizo nada. Estaban formando un semicírculo ante la cabaña, contemplando a Kendall y a la desvanecida mujer vestida como una anciana y con una cabellera juvenil que casi llegaba a las rodillas de Kendall. El que se había ofrecido para conducir el coche se estaba acercando al vehículo. Abrió la puerta derecha de atrás, y se volvió hacia Brian

Kendall.

—Naturalmente, llevo una pistola. ¿Me desprendo de ella?

Éste, siempre con Brigitte sobre su hombro izquierdo, se acercó al coche, se inclinó para tirar dentro a la espía, y entró él seguidamente, a toda prisa, agarrando los cabellos de ella de modo que le hizo alzar la cabeza, para poder apuntarle con la pistola. Vio al agente de la CIA con las manos inmóviles sobre el volante. Los demás permanecían inmóviles en sus sitios. Soltó los cabellos de Brigitte, se cambió la pistola de mano, cerró la portezuela, y volvió a empuñar la pistola con la derecha.

—Vámonos de aquí.

El agente de la CIA ya no se molestó en replicar. Las llaves estaban en el contacto. Sólo tuvo que dar éste, y apretar el pedal del gas. El coche, de cambios automáticos, partió suavemente.

—¿Adónde quiere ir? —musitó el del volante.

—De momento, salga del Lodge.

—Bien.

Abandonaron el Niágara Falls Lodge. El agente de la CIA condujo en silencio durante un par de minutos. Kendall estaba mirando por el cristal de atrás, asegurándose de que no le seguían.

—Pare. Salga inmediatamente del coche, y aléjese, regresando hacia el Lodge. No se vuelva ni una sola vez. ¿Lo ha entendido?

El agente de la CIA volvió la cabeza. Estaba lívido.

—Kendall, le juro por mi madre que no voy a intentar nada. Solamente permítame que me haga cargo de ella.

—No.

—Está loco… Si le hace el menor daño…

—Si usted no ha salido del coche antes de tres segundos, le volaré la cabeza a Baby, y, acto seguido, a usted.

No hubo más conversación. El palidísimo agente de la CIA salió del coche, y se alejó, obedeciendo las indicaciones de Kendall, que lo estuvo mirando hasta que se encontró a más de sesenta metros. Entonces, pasó rápidamente al asiento delantero, se hizo cargo de los mandos, y continuó la fuga.

Tan sólo dos minutos más tarde, en pleno campo, con el rugir de las cataratas atronando sus oídos, detenía el coche, entre unos árboles cercanos al río. La iluminación de las cataratas creaba extrañas sombras con los árboles… Kendall se apeó, sacó del coche

a Baby, y la depositó sobre la tierra húmeda. Debía hacer un máximo de cinco o seis minutos que la había golpeado, así que no podía tardar en recuperar el conocimiento.

Si lo recuperaba.

Acuclillado junto a la espía más peligrosa del mundo, Brian Kendall estuvo apuntando con su pistola al centro de la frente, durante ocho o diez segundos, hasta que, poco a poco, su mano comenzó a temblar.

—No puedo… ¡No puedo! —jadeó.

Brigitte Montfort permanecía inconsciente. Nunca sabría que había tenido la pistola de Kendall a diez centímetros de su frente, y que sólo una leve presión del índice del traidor habría terminado con la más espectacular carrera de espionaje del mundo.

Por fin, Brian Kendall retiró la temblorosa mano, guardó la pistola, y retiró la corbata que ataba las manos de Brigitte Montfort. Regresó al coche y partió de allí, hacia la oscuridad, Niágara River arriba.

Sobre la tierra húmeda, la anciana con cabellera juvenil yacía de cara a las estrellas.

# Capítulo III

—De acuerdo —asintió Brigitte Montfort—. Yo creo que no hace falta que nos demos mutuamente tantas explicaciones, señor. Lo que yo quiero saber, ahora, es en qué consiste el Proyecto Orbis.

—Yo no lo sé —negó míster Cavanagh.

—¿No sabe usted lo que es el Proyecto Orbis?

—No.

—Muy bien. ¿Quién lo sabe?

—Lo ignoro, porque nunca he oído hablar de ese proyecto.

—Me está usted mintiendo —dijo, secamente, la espía.

—Nunca he oído hablar del Proyecto Orbis.

—Ha oído hablar de él. ¡Claro que sí!

—No.

—Sí.

—Le digo que no.

Brigitte entornó los párpados.

—Usted sabe que me está mintiendo. Y sabe que yo me estoy dando cuenta. Pero tiene que obedecer órdenes de la Dirección. ¿No es así, señor?

—Nunca he oído hablar del Proyecto Orbis.

—He acertado —musitó Brigitte—. Está bien, no voy a insistir más. Ahora, deje de ser un robot y hablemos de Kendall y de Oscar Oliver Osgood. De éste no sabemos nada por el momento, salvo que lo llaman Triple 0 y 000. Ni siquiera tenemos su descripción física. Pero si encontramos a Kendall, lo encontraremos a él, y esto, porque yo tengo la convicción de que, convencido ahora de que yo le traicioné, Kendall habrá acudido a venderle el Proyecto Orbis a ese Oscar Oliver, como ha estado haciendo con otras informaciones. Hay otro motivo, además, para que Kendall se haya doblegado a las conveniencias de 000: si no lo hace, su familia sería atacada. A este respecto: ¿tenemos debidamente custodiada la familia de Kendall?

—Sí. Por la sencilla razón de que, vigilando a la familia, quizá demos con él. El teléfono está intervenido, naturalmente.

—Bastará que protejan a la familia, porque no creo que Kendall sea tan tonto como para comunicarse con ella. Debe saber perfectamente que la debemos tener controlada. Y aunque, si como temo, la familia no debe temer nada debido a la sumisión final de Kendall a 000, vale más estar prevenidos, porque nunca se puede saber qué habrá decidido finalmente Brian Kendall. Podríamos…

—No se preocupe más por todo esto, Brigitte —cortó amablemente Cavanagh—: nosotros nos ocuparemos del asunto.

—¿Nosotros? ¿Quiénes son nosotros?

—¡La CIA, naturalmente!

—Ah… ¿De modo que nosotros son ustedes, todos ustedes; menos yo? Debo entender, en ese caso, que ya no pertenezco a la plantilla de la CIA.

—¡Nadie ha dicho eso! —exclamó Cavanagh.

—Entonces, yo también soy nosotros, ¿no le parece?

—La labor de búsqueda es monótona, rutinaria. A usted nunca le ha gustado, ni nunca le hemos pedido que la realice. Sabe muy bien que usted sólo interviene cuando todos los elementos están localizados y se requiere… el toque final.

—Ya. Eso quiere decir que en cuanto localicen, a Kendall o al tal Oscar Oliver Osgood, me avisarán, para que yo dé ese… toque final. ¿No es así?

—Sí… En efecto, sí.

La divina espía sonrió encantadoramente, luminosamente.

—Vaya, magnífico —exclamó—. Entonces, ¿por qué me estoy preocupando? Todo lo que tengo que hacer es regresar a mi apartamento y esperar noticias. ¿Correcto?

—Así es. Sí, así lo haremos, desde luego.

—Estupendo —Brigitte se puso en pie—. En ese caso, aquí estoy perdiendo el tiempo. ¿Es posible que alguno de mis Simones me lleve en helicóptero a Nueva York?

—Naturalmente.

—Claro: naturalmente —sonrió de nuevo la bellísima—. Pues hasta la vista señor. Y mientras espero su aviso, me dedicaré a hacer calceta. ¿Cree que eso merecerá el pláceme de la Dirección?

—Sin duda alguna.

—Entonces, todos contentos. ¡Adiós!

—Brigitte… No haga nada. Por favor, no haga nada.

—¿Hasta cuándo?

—No comprendo…

—Le pregunto que hasta cuándo debo estar sin hacer nada. Hasta que la CIA me necesite, ¿no es así? Entonces volveré a ser una muñequita simpática y obediente que resuelve problemas importantes, Lo importante son los problemas, no yo, así que cuando el problema no es de mi incumbencia, se me cierra la boquita y se me envía a casa. De acuerdo. Que usted lo pase bien, señor.

* * *

—¿De verdad te encuentras bien? —insistió Frank Minello.

—De verdad, Frankie —insistió a su vez Brigitte—. No seas tan pesado, por favor. Todo lo que tengo es un ligero dolor de cabeza.

—Pues algo debe andar mal en tu organismo. Muy mal. Tú nunca tienes dolor de nada. Si te duele la cabeza, es por algo. ¿No será que te ha entrado una chinche en el cerebro mientras dormías?

—Por Dios, ¡qué barbaridades dices! ¡Haz el favor de marcharte a trabajar y déjame en paz!

—Es que ya es el segundo día que paso a buscarte para ir al Morning y me dices que no vienes. Ayer te dolía un poco la cabeza, y hoy también. Me extraña en ti. La impresión que me da a mí es que no quieres salir de tu apartamento para nada. ¿Y sabes qué pienso al respecto?

Brigitte Montfort se armó de paciencia. Era el mejor modo de manejar a su querido amigo Frankie Minello: dejarle decir todo lo que se le ocurría, de modo que quemaba los cartuchos, y como ya no tenía nada más que decir, se despedía.

—¿Qué piensas al respecto?

Minello dirigió una torva mirada alrededor, como si allí, en el *living* del apartamento de Brigitte pudiese haber algunos cientos de enemigos escondidos.

—Pues pienso que si tú no quieres salir a la calle es porque temes que algo malo te ocurra afuera. Así que, a lo peor, resulta que unos cuantos espías enemigos te han acorralado, y por eso no

quieres salir. ¡Pero si me dices quiénes son, voy a bajar a la calle y les voy a partir la cara como si fuesen galletas! ¡Les voy a retorcer el cuello como si fuesen pollos! ¡Les voy a…!

—¿Alguna vez le has retorcido el cuello a un pollo?

—¿Yo? ¡Dios me libre! ¡Claro que no, pobre animalito!

—¿Pobre animalito? Vaya, Frankie, eres muy especial… Estás dispuesto a retorcerle el cuello a mis enemigos, que se supone serán personas en menor o mayor categoría, y en cambió te da pena un simple pollo.

—Bueno, es que un pollo es bueno, y los espías son peor que la peste tártara.

—¿Eso piensas de los espías? ¡Vaya, muchas gracias!

—¡Zambomba! —Palideció Minello—. ¡He querido decir de todos los espías menos tú, claro!

—¡Ah! Eres muy amable, Frankie.

—¿Verdad que sí? Por cierto, sé un chiste tremendo… El chiste de la viuda. Verás, hay una viuda que…

—Frankie: ¿tú me quieres?

Frank Minello quedó estupefacto. Durante unos segundos estuvo contemplando incrédulamente a Brigitte.

¡Vaya pregunta tonta acababa de hacerle la Reina del Espionaje Mundial, la Maravilla de la Belleza Universal, la Diosa del Sentimiento del Amor, la…!

—Vaya una pregunta tonta —farfulló—. ¡Que si, te quiero! ¿Cómo te lo explicaría…? Pongamos por ejemplo la Luna y el Sol. La Luna, que sólo sale de noche, le preguntó un día al Sol: querido y resplandeciente Astro Rey, ¿querrías darme…?

—Sin rollos, Frankie: ¿me quieres o no?

—Sigue siendo una pregunta tonta —gruñó Minello.

—De acuerdo. La respuesta es que sí. Entonces, demuéstramelo marchándote, en lugar de contribuir a que aumente mi dolor de cabeza.

Frank Minello se puso en pie.

—¡Adiós! —dijo; se acercó a Brigitte, la besó en la frente y luego salió del salón… para reaparecer en seguida—. Pero queda pendiente el chiste de la viuda, el asunto del sol y la luna, y lo de la chinche en un cerebro.

—Está bien —suspiró Brigitte.

Poco después, oía la puerta del apartamento al cerrarse. Brigitte encendió un cigarrillo, miró su relojito de pulsera, y compuso un simpático gesto de resignación, de paciencia. Seguiría esperando. Desde que llegara a su apartamento en helicóptero hacía ya treinta y cinco horas, no se había movido de allí. Sabía que podía equivocarse, pero no podía hacer otra cosa que esperar, ya que con la ayuda de la CIA no podía contar, en esta ocasión.

El Proyecto Orbis… Según míster Cavanagh, no existía tal proyecto. En cambio, a Brian Kendall le había producido la mayor repugnancia de su vida… Repugnancia incluso a un traidor, como había admitido ser desde el primer momento… ¿La llamaría Kendall a su apartamento? La idea de Brigitte Montfort no era descabellada. Tenía dos razonables puntos de apoyo. Uno: si Kendall no la había matado pese a considerar que le había traicionado, era porque todavía quedaba en él un determinado sentimiento de afecto, o algo parecido, hacia la agente Baby, la mujer que había salvado la vida a tantos agentes de la CIA y solucionado problemas profesionales y personales. Dos: quizá la había dejado con vida porque había pensado precisamente que más adelante podía necesitarla, asegurándose de que entonces ella jugaría limpio. Es más, seguramente Kendall había recapacitado sobre su primer encuentro, en cuyo caso, tenía que haber llegado a la conclusión de que se había precipitado, de que no debió desconfiar de Baby. Quizá, ya más sereno, reflexionando con más lógica, habría comprendido por lo menos que, si ella hubiese acudido allí montando a su alrededor una trampa contra él, no habría sido tan imprudente de confiarse tanto, corriendo riesgos inútiles. Conforme que le hubiese estado mintiendo, fingiendo confiar en él hasta conseguir que él le entregase el microfilme con el Proyecto Orbis. Pero luego, ya en su mano el microfilme, ¿por qué volverle la espalda en lugar de golpearlo, o amenazarlo hasta que entrasen los demás agentes de la CIA?

Esto tenía tanto sentido, que Brigitte Montfort tenía la esperanza de que Brian Kendall acabase por comprenderlo. Y si lo comprendía, la llamaría, se pondría de nuevo en contacto con ella por un procedimiento u otro.

Y la agente Baby se equivocaba muy pocas veces.

Eran casi las diez de la noche cuándo Brian Kendall, tras

cuarenta y ocho horas de paradero desconocido, llamó por teléfono.

La propia Brigitte atendió la llamada tras esperar que sonase el aparato tres veces.

—¿Sí?

—¿Señorita Montfort?

—Yo misma. Dígame.

—Bueno… Supongo que reconoce usted mi voz.

—Naturalmente. Estaba esperando su llamada.

—¿La esperaba?

—Salvo que usted fuese un cretino total, tenía que comprender que yo no tuve nada que ver con aquello.

—Sí… Entiendo. Bueno, verá lo que sucedió: cuando estaba en el dormitorio, se me ocurrió mirar por la ventana, y vi a dos hombres escondiéndose afuera, en la parte de atrás. No sé qué habría pensado usted en mi caso, pero…

—Seguramente, habría pensado igual que usted —admitió Brigitte—. Pero eso ya pasó, y puesto que usted ha reflexionado espero que todo irá mejor la próxima vez.

—Yo también lo espero…, aunque temo que la cosa está mucho más difícil. He cometido una barbaridad.

—¿Cuál barbaridad?

—Bueno… Después de lo sucedido la otra noche comprendí que no debía esperar ninguna consideración por parte de nuestros amigos, así que decidí, al menos, evitar a mi familia el riesgo que significaría la enemistad con Triple 0.

—¿Le envió la peliculita con el Proyecto Orbis?

—Sí.

—Dios…

—Pero quizá podamos recuperarla. Por eso la he llamado. Usted puede ayudarme, usted puede conseguirlo… Perdóneme, sé que lo he complicado todo muchísimo, pero estaba muy asustado. Y continúo estándolo. Ya no sé qué hacer…, salvo pedirle ayuda y confiar a ciegas en usted, esta vez.

—¡Debió llamarme antes!

—Perdóneme, pero me ha estado deteniendo la idea de que quizá usted continúa bajo control. Los dos sabemos que hay sistemas electrónicos de largo alcance que ni siquiera usted sería capaz de detectar.

—Tiene razón —musitó Brigitte—. Desde luego, no puedo garantizarle que no nos estén escuchando, Kendall. Lo siento. Pero hay que correr el riesgo. ¿Cómo podríamos recuperar el microfilme?

—Lo he enviado por correo. Ignoro si Triple 0 lo ha recibido o no. Si no lo ha recibido, deberíamos destruir a Triple 0, y el sobre con el proyecto sería devuelto a mi dirección. Si ya lo ha recibido, tendríamos que arrebatárselo… como fuese.

—Entiendo. Y creo que nuestros amigos podrían ayudarnos en esto.

—Como quiera. Pero si utilizamos la fuerza, le aseguro que habrá bastantes bajas, y siempre corremos el riesgo de que Triple 0 envíe por radio a otras personas el texto del Proyecto Orbis, antes de que pudiésemos atraparlo. Tiene medios para ello. Yo me atrevo a sugerirle a usted que utilicemos medios menos directos, más sutiles… Más dignos de usted, en una palabra.

—Ya. Por lo que entiendo, usted quiere que vayamos adonde está Triple 0, y que yo elabore un plan digamos… suave que nos permita recuperar el microfilme sin riesgos.

—Y eliminar a Triple 0, o él acabaría con todos nosotros, empezando por mi familia.

—Creo que todo esto debe ser estudiado a fondo, y con el debido detenimiento. Naturalmente, usted sabe dónde podemos encontrar a 000 en estos momentos.

—Así es.

—Bien. ¿Dónde nos vemos?

—Salga de su apartamento, y llámeme desde un teléfono público al WAX 3984. Le diré dónde estoy. Y esta vez, asegúrese de que no hay sobre usted ninguna clase de control.

—Descuide —apretó los labios la espía más astuta del mundo—: esta vez nadie podrá controlarme.

# Capítulo IV

Brigitte entró en el sórdido edificio tras asegurarse de que aquélla era la dirección obtenida de Kendall por el teléfono público, y se lanzó despaciosamente escaleras arriba. La luz era allí una simple disipación de tinieblas. Él lugar era húmedo, inquietante. De alguna parte no muy lejana llegaba música de la que la señorita Montfort difícilmente pondría en su tocadiscos.

Llegó al segundo piso, y llamó directamente en la madera con los nudillos por tres veces. La puerta se abrió en seguida, y quedó visible el rostro de Brian Kendall, tenso, inquietos los ojos, que se movieron hacia uno y otro lado del pasillo.

—Pase —musitó.

La espía entró, sin prisas. Sabía con toda certeza que en esta ocasión nadie podía haberla seguido. Kendall cerró la puerta, y se volvió a mirarla. Lo hizo de arriba abajo, concediendo un segundo de más al maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—Es usted muy hermosa —sonrió de pronto—. Siempre la he admirado, señorita Montfort.

—Gracias.

—Vamos a la salita —señaló Kendall hacia el interior—. Este lugar es una porquería, aparentemente, pero no se está tan mal como parece desde fuera. Es el nidito de un amigo de Washington para cuando viene a Nueva York. ¿Quién va a sospechar que en este edificio hay un lugar como éste?

Llegaron a la salita, y Brigitte asintió. Todo estaba allí limpio, y decorado con buen gusto. Había buenas alfombras, muchos libros, muebles confortables… El amigo de Kendall debía ser un sinvergüenza de los grandes… Pero esa clase de asuntos tenían por completo sin cuidado a la espía internacional.

—¿Sabe su amigo que estamos aquí? —preguntó.

—No. Él está en Washington.

—¿Cómo entró usted?

—Mi amigo —sonrió rígidamente Kendall— tiene siempre la llave de este apartamento en el hueco de un escalón de ahí fuera; no la va a llevar encima, ¿verdad? Me dijo que si alguna vez necesitaba un sitio discreto en Nueva York, que viniese aquí.

—Está bien —Brigitte se sentó en un sillón—. Vamos a poner todo esto debidamente en marcha.

Se quedó mirando a Kendall, que permanecía en pie. Estaba demacrado, nervioso, muy fatigado. A Baby ni siquiera se le ocurrió preguntarle a un hombre que trabajaba para la CIA desde hacía veinticinco años cómo había llegado desde Niágara Falls canadiense a Nueva York. Había mil medios.

—Siento lo de la otra vez —murmuró Kendall—. Cuando vi…

—Eso ya pasó: Siéntese, Kendall.

—¿Quiere tomar algo…?

Brigitte frunció el ceño.

—¿Tiene champaña?

—Se va a sorprender, pero sí —sonrió de nuevo Kendall—. Ya le he dicho que esto es el nidito de amor de un amigo.

—Fantástico. Está bien, luego tomaremos una copa. Ahora quiero que me diga dónde está 000.

—En los cayos de Florida. Concretamente, en Marathon Key. Ocupa una hermosa quinta que hay cerca del Lago de Salida del Sol. Se llega allí desde el pequeño aeródromo por Aviation Boulevard y siguiendo luego por Sombrero Beach Road, en dirección a Tingler Island. La quinta es muy fácil de identificar, porque tiene una cúpula dorada.

—¿Una cúpula dorada? —Se pasmó Brigitte.

—Sí. Bueno, como las de algunas casas árabes… Ya le dije que Oscar Oliver es un tipo muy peculiar.

—De acuerdo. He estado reflexionando sobre el asunto mientras venía hacia aquí, y creo que sería mejor que interviniesen nuestros compañeros de la CIA. No crea usted que tengo miedo a nada, Kendall, pero opino que deberíamos cerrar bien el círculo.

—Si hacemos eso, Triple 0 se dará cuenta, Y entonces, no respondo de lo que pueda hacer, mientras permaneciese en libertad de movimientos: desde volar la quinta a enviar por radio toda la información que tenga en sus archivos, puede hacerlo todo. Eso, por

un lado. Por otro, quiero estar seguro de que muere, sin tener tiempo de pensar tan siquiera que yo he podido tener algo que ver con su apurada situación, en cuyo caso daría órdenes contra mi familia que ya nadie podría contener.

—¿Qué sugiere usted exactamente?

—Que vayamos los dos allá, y le matemos.

—¿Él le recibirá a usted?

—Sí. Una vez me invitó a pasar un fin de semana en esa quinta. Si me presento sin avisar, se sorprenderá, pero podemos estudiar un buen cuento que le convenza, matarle antes de que reaccione, y escaparnos con el microfilme del Proyecto Orbis.

—¿Así de sencillo?

—Sé que usted puede arreglarlo.

—¿Cuántos hombres tiene Triple 0 en esa quinta?

—¿Hombres? —Kendall parpadeó—. No recuerdo haber visto ninguno… Había unas cuantas chicas guapas, pero no vi ningún hombre.

—Que usted no los viese no significa que no los, hubiese —musitó Brigitte—. Bien, eso lo solucionaremos. Hablemos ahora del Proyecto Orbis. ¿En qué consiste?

—¿Entiendo que va a ayudarme?

—Naturalmente. He comprendido muy bien que básicamente usted está preocupadísimo por las represalias que pronto podría tomar Triple 0 contra su familia, la cual supongo que no tiene culpa de nada. De todos modos, puesto que Triple 0 ha recibido o está a punto de recibir el Proyecto Orbis, no creo que tenga usted nada que temer en ese sentido. Pero yo quiero recuperar el microfilme… ¿Cuál es ese proyecto? ¿En qué consiste?

—Iré a buscar el champaña.

—Está bien.

Brian Kendall desapareció en dirección a la cocina, seguido por la expectante mirada de Brigitte Montfort. Al quedar sola, se puso en pie, y se acercó a mirar los libros, algunos discos… Lo cierto era que tío prestaba toda su atención. Había algo que no acababa de gustarle, pero no sabía qué era.

Volvió a sentarse, y se quedó mirando el teléfono que había sobre la mesita colocada ante el sofá. Parpadeó, se inclinó un poco y miró el número escrito en el centro del disco: WAX 3984. Se

quedó estupefacta.

—No es posible —musitó.

Se puso de nuevo en pie, y fue rápidamente a la cocina, donde Brian Kendall, tras disponer un par de copas en una bandeja, estaba forcejeando para descorchar la botella de champaña. La miró sonriente.

—Este tapón…

—¿Cuánto tiempo hace que dejó usted el servicio activo?

—¿Yo? Bueno, realmente no fui nunca un especialista como usted, así que… Creo que hace unos quince años.

—Por el amor de Dios… Me dice usted mismo que quizá yo esté controlada electrónicamente, y, acto seguido, me facilita el número de este teléfono. ¿No se da cuenta? Si realmente la CIA me tiene bajo control, escucharon el número que usted me facilitó, y no tardarán mucho en localizar este apartamento…, si no lo han localizado ya.

Brian Kendall, estaba como quien ve ante él diminutos elefantitos bailando en el aire.

—Sí… Yo… ¡No comprendo cómo he podido…!

—Deje eso. ¡Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente! ¡Vamos, deje eso, no tenemos tiempo para tonterías!

Le arrancó la botella de las manos, lo asió por una, y tiró de él, hacia el saloncito. Se detuvo en seco en el centro de éste, y movió la cabeza.

—No… no, no, no. Si ya han localizado el número, nos estarán esperando… ¿Dispone de medios para reunirse mañana conmigo en Marathon Key?

—Supongo que sí. Puedo…

—Dígame dónde nos encontramos mañana por la mañana en Marathon Key. Que sea cerca de la quinta de Triple 0.

—Bien… Bueno, yendo desde el aeródromo a la quinta, se pasa por delante de un club del golf. No recuerdo el nombre…, pero sólo hay uno. Está ya en Sombrero; Beach Road, desde luego. Hay una entrada sin indicación, pero unas yardas más adentro creo que hay un pequeño poste indicador… Lo vi de pasada.

—Mañana a mediodía, allí: ¿De acuerdo?

—Sí, pero…

—¿Hay escalera de incendios?

—No lo sé…

—La buscaremos. Tiene que escapar, Kendall.

—Es más importante que escape usted: yo no sabría qué hacer para evitar que se pusiera en marcha el gran cementerio. Usted pensará algo, estoy seguro.

—El gran cementerio —parpadeó Brigitte—. ¿Qué es eso?

—Lo comprenderá cuando lea el Proyecto Orbis. A menos que yo esté equivocado, todo es horrible…

—Está bien. Pero ante todo hay que escapar, o no podremos hacer nada ninguno de los dos. Venga conmigo.

Brigitte regresó a la cocina, tirando de la mano de Kendall. Había escalera de incendios. La señaló a Kendall, y éste, todavía un tanto aturdido, se deslizó por ella hasta el fondo oscuro del patio interior, donde Brigitte lo perdió de vista después de que saltó una tapia.

Se volvió, agarró la bandeja con una mano y la botella de champaña con la otra, y regresó a la salita. Descorchó la botella y se sirvió una copa, de la cual bebió un sorbito. Buen champaña. No era Perignon, pero tampoco estaba mal… Miró su relojito. Eran las once menos diez. ¿A qué hora la había llamado Kendall a su apartamento? Sí, debían ser las diez. Es decir, que si la CIA tenía un control acústico sobre ella, hacía cincuenta minutos que habían oído mencionar el número de teléfono de aquel apartamento. O sea, más que suficiente para haberlo localizado. Y si no habían llegado aún no podían tardar más que unos pocos minutos.

¿Qué harían? Sabían que ella estaba allí dentro, así que no recurrirían en modo alguno a la violencia. Sus simones quizá obedecieran cualquier orden de la Central, menos la de lastimar a Baby de ninguna manera sin embargo, querían capturar a Kendall…

Lanzó una exclamación. Acto seguido, abrió el maletín, y de un sobre de piel extrajo lo que parecían unas compresas corrientes para heridas, que se colocó a toda prisa ante la boca y la nariz. ¡Por supuesto que podían utilizar gas!

Cerró el maletín, y miró de nuevo su relojito. Sólo estaría allí tres minutos más. En ese tiempo, Brian Kendall estaría ya lejos del edificio, salvo que hubiese sido capturado.

Pasó un minuto.

Dos.

Tres.

La espía se dirigió hacia la puerta del apartamento. Ya no tenía por qué permanecer allí ni un segundo más. Llegó ante la puerta, se quitó la mascarilla improvisada con las compresas…, y se la volvió a colocar a toda prisa. La cabeza le dio mil vueltas en una milésima de segundo, un zumbido atronó sus oídos. Cayó de rodillas, y tuvo que soltar el maletín para poder parar el golpe con las manos, so pena de romperse los dientes contra el piso. Se quedó así, a gatas, con la cabeza turbia, la mirada oscurecida por miles de finísimas telarañas…

El gas.

Efectivamente, estaban echando gas por debajo de la puerta. Quizá lo estaban inyectando con una jeringuilla. Por eso habían tardado tanto: habían tenido que prepararlo todo para no lastimarla a ella… Su mirada se aclaró, el zumbido dejó de sonar en sus oídos… Si no hubiese colocado la mascarilla con tanta rapidez de nuevo ante su boca y nariz, se habría desvanecido completamente.

Agarró el asa del maletín, y gateó hacia el lado de la pared que quedaría oculto por la puerta cuando ésta se abriese… Lo cual sucedió un minuto más tarde, después de que algo metálico estuvo hurgando unos pocos segundos en la cerradura.

Brigitte oyó las pisadas de dos hombres. Dos agentes de la CIA, naturalmente. Se asomó por el canto de la puerta, y los vio caminando tranquilamente por el pasillo, hacia la salita. Esperó sólo a que entrasen en ésta, salió de detrás de la puerta, y abandonó el apartamento, pisando sobre las puntas de los pies. En el descansillo se quitó los zapatos, y se lanzó escaleras abajo a toda velocidad y en completo silencio.

Estaba bajando el último tramo de escalones cuando en el portal apareció el hombre, mirando con indiferencia hacia arriba. Al ver a la hermosa mujer descalza, al aire los largos cabellos negros, y la blanca mascarilla ante la boca y la nariz, respingó, y se apresuró a entrar en el zaguán, extendiendo las manos ante él.

—¡Espere, tenemos orden de…!

Brigitte llegó ante él, giró el torso, y su hombro derecho golpeó al agente de la CIA en el pecho, derribándolo violentamente en la acera, adonde llegó primero sentado y luego quedó tendido un instante. El instante que necesitó Brigitte para pasar por encima de

él, hacia el coche. Se metió los zapatos bajo el sobaco derecho, con cuya mano sujetaba el maletín y con la izquierda liberada abrió de un tirón la portezuela, entró, y quedó sentada junto al otro agente de la CIA que estaba al volante.

Baby se arrancó la mascarilla de un tirón, y ordenó:

—¡Lléveme lejos de aquí, pronto!

El agente de la CIA movió negativamente la cabeza.

—Nos han asegurado que por el bien de usted, debemos capturarla, para llev…

El hombre se calló, porque del escote, Brigitte había sacado su pistolita, y le apuntaba firmemente con ella.

—Haga lo que le he ordenado yo.

El espía sonrió ampliamente.

—Sé que no va a disparar contra mí —dijo, alegremente.

—¿No?

—Claro que no —rió, ahora, el de la CIA—. ¡Vamos, qué tontería, Baby! ¡Usted jamás…! ¡AAAUUUhhhh!

El alarido de dolor, dejó petrificado al otro agente de la CIA, que tras incorporarse había abierto la portezuela, y adelantaba una mano para agarrar a Brigitte de un brazo. Lo único que pudo ver fue como Baby apoyaba la punta de su pistola en un lado del cuello de su compañero y presionaba, con tal sapiencia que tras el corto alarido de dolor, aquél caía desvanecido de cara sobre el volante.

—Quítese de ahí y cierre —ordenó Brigitte.

—Mire, nosotros…

La pistolita golpeó los dedos de la mano que se tendía hacia su brazo. El agente de la CIA emitió un berrido, y retrocedió vivamente, llevando la mano al sobaco izquierdo…, pero no para sacar la pistola, sino para buscar allí un calor que le aliviase del terrible dolor. La portezuela fue cerrada por la propia Baby, que se inclinó hacia el otro lado, para abrir la del volante. Hecho esto, empujó sin miramientos al desvanecido Simón a la calzada, se colocó ante el volante, dio el encendido, y partió.

Todavía se divisaba el coche, cuando aparecieron en la calle los dos que habían subido al apartamento. Vieron a uno de sus compañeros caído de cualquier manera en la calzada, y al otro quieto como una estatua, con una mano bajo el sobaco, y mirando con expresión desorbitada hacia el coche.

Uno de los recién llegados corrió hacia el que estaba caído en la calzada, y lo arrastró a la acera. Luego, igual que su compañero, se quedó mirando al de la mano dolorida.

—Tómatelo con calma —le aconsejaron.

—Recuerda que nosotros mismos la llamamos el rayo azul que llega de ninguna parte —recomendó el otro.

—Maldita sea su estampa —jadeó el de la mano golpeada.

—¿La estampa de quién? ¿La de Baby?

—¡Sí!

—No estás hablando en serio.

—¡Pues maldita sea mi estampa!

—Eso es otra cosa —rió el otro Simón—. ¡Vamos, no seas quisquilloso! Comprenderás que si ella sabe escapar de tipos que pretenden matarla, no debía tener dificultades para escapar de nosotros. ¿Qué crees que nos ha hecho, arriba?

—¡Y qué demonios sé yo!

—Pues creo que se escondió detrás de la puerta… Increíble. Bueno, Steve, a ver si reanimas a Joe. Yo voy a llamar por la radio a Chalmer, para que pasen a recogernos con el coche. Menos mal que Brian Kendall no ha podido escapar. Claro que a ese traidor no lo habrán tratado con tantas consideraciones.

«Lo que me pregunto —reflexionó Steve— es cómo es posible que Baby tenga tratos con un traidor y no lo haya matado».

—Kendall nos lo explicará. Y hasta es posible que sepa lo que pretende hacer Baby. ¡Bueno se va a poner el Gran Jefe cuando sepa que ni con gas hemos podido cazarla!

—Que hubiese venido él —gruñó el de la mano dolorida.

—¿Él? Antes de tocarle un cabello a Baby se cortaría las dos manos y se quedaría cojo de la otra pierna. En fin, cuándo menos tenemos a Kendall, y no creo que debamos preocuparnos por Baby: haga lo que haga, no seremos nosotros los perjudicados.

—Quizá vaya a su apartamento, y si nosotros fuésemos…

—No digas tonterías —movió la cabeza el otro—: a Baby ya no volvemos a verle el pelo hasta que ella haya hecho lo que se proponga hacer. Y a decir verdad, no tengo el menor interés personal en evitarle que haga lo que quiera.

—A mí, al menos, me gustaría saber de qué se trata y en qué lugar va a descargar esta vez el rayo azul que llega de ninguna

parte…

# Capítulo V

A las tres de la tarde del día siguiente, la hermosa rubia que estaba sentada a la sombra de una de las palmeras que había a la entrada del Sombrero Hole Golf Course, en Marathon Key, decidió que había esperado ya suficiente. Dirigió una última mirada a su relojito, se puso en pie, y fue hacia el descapotable que había alquilado en el aeródromo del cayo, y que había dejado a pleno sol en Sombrero Beach Road.

—Ya no vendrá —se dijo.

Cuando se sentó ante el volante, notó el calor del asiento expuesto tanto rato al sol, pero en modo alguno se sintió molesta. Ni siquiera parecía molesta por el hecho de haber estado esperando allí casi tres horas y media, pues había llegado antes del mediodía.

Pero sí estaba preocupada. ¿Por qué no había llegado Brian Kendall? ¿Porque lo había capturado la CIA, porque no había encontrado el medio de llegar a Marathon Key a tiempo, en cuyo caso podía llegar más tarde…, o porque estaba ocurriendo algo que podía ser peligroso para ella?

Tras un par de minutos de meditación, puso en marcha el coche, y se dirigió hacia el Sur por Sombrero Beach Road. No tardó ni cinco minutos en divisar, a su derecha, el brillo de la cúpula dorada, por entre copas de palmeras. Metió el coche por el primer camino que apareció por aquel lado, y poco después veía el relucir de las aguas del Lago de la Salida del Sol. Pero esto era más allá de la quinta en la cual se había construido la cúpula dorada. En determinado momento, se encontró acercándose a ella por el Sur, y entonces el reflejo del sol en la cúpula la deslumbró.

Detuvo el coche, y se quedó contemplando aquella… curiosidad. Bueno, evidentemente. Triple 0 era un hombre muy peculiar. El sol parecía convertirse en rojo fuego en la cúpula, centelleando cegadoramente. Según la marcha del sol, la cúpula podía ser vista

desde mucha distancia debido precisamente a su capacidad para reflejar la luz. Era… Sí, era como un faro, en realidad. De día debía verse desde mucha distancia debido al reflejo de la luz solar; y de noche, lo mismo, gracias a la luna.

¿Era un capricho aquella cúpula? ¿Un capricho inofensivo, sin más trascendencia?

La rubia reanudó la marcha hacia la quinta. Había un muro alto, que la rodeaba, y unas verjas de hierro, que aparecían abiertas. Al parecer, a Oscar Oliver Osgood no le preocupaba que alguien entrase en sus posesiones. Pues muy bien.

Entró en la zona ajardinada. Al fondo, a unos doscientos metros siguiendo el sendero, se veía la casa. La cúpula parecía ahora una gigantesca bola de oro llena de sol. Llegó ante la casa, y se quedó mirándola con auténtico pasmo.

Era como un gran cubo de blancas paredes. No se veía la puerta en parte alguna, y sólo una delgada ranura rompía la monotonía de aquella pared blanca y lisa, a unos cinco metros de altura. La casa parecía más bien una gran caja blanca, sin puerta y sin ventanas. La rubia paró el motor del coche, tomó el maletín rojo con florecillas azules, y se apeó. El silencio era increíble, fabuloso. Tuvo la impresión de que tenía los oídos tapados con algodón, hasta que oyó el piar de algunos pajarillos, en una cercana palmera.

Palmeras, flores, sol…, y una pared blanca y lisa, sin más abertura que aquella estrecha rendija a cinco metros de altura. Hasta que, fijándose bien, vio la puerta. Es decir, una delgada raya oscura en la blanca pared que delimitaba la forma de una puerta normal, muy bien disimulada. Buscó algún mecanismo de llamada, pero no tuvo necesidad de él, pues la puerta se abrió de pronto, silenciosamente, hacia dentro.

De nuevo quedó pasmada la rubia.

Ante ella había una gran arcada, que se extendía a derecha e izquierda, formando un rectángulo finalmente, el otro lado del gran patio lleno de flores, palmeras, naranjos y granados. En el centro del paradisíaco patio había una alberca de azulejos, con un bonito surtidor en un extremo cuya agua caía continuamente, con un rumor apagado, como de cristal líquido.

Cruzó el umbral, y la puerta se cerró tras ella. El asombro iba cediendo. La rubia sabía ya que la habían visto por aquella ranura

en la pared; pared que no era más que una segunda gran tapia para ocultar la casa de estilo morisco, con el gran patio florido. Miró hacia arriba, pero no vio a nadie. Sólo una cámara de televisión. *Okay*.

Dio unos pasos más, acercándose al hermoso patio lleno de flores y de sol. Sólo se oía el rumor del agua.

—Buenas tardes —saludó la rubia.

Rumor de agua, eso era todo.

La rubia se acercó al surtidor que estaba en el extremo de la alberca, y se mojó las manos. El agua era fresquísima. Dentro de la alberca parecía puro cristal; se veía perfectamente el dibujo de los azulejos… La rubia dejó de mirarlos para mirar hacia la rectangular galería que bordeaba el patio a unos tres metros de altura. Allá arriba debían estar las habitaciones y demás dependencias de la casa, por supuesto, todas exteriores, sólo que abriéndose al interior del patio, no a la curiosidad de quien quisiera mirar con prismáticos; quien tal hiciera, sólo vería, rodeando la auténtica vivienda, las blancas y altas paredes.

—Me envía el señor Kendall —dijo la rubia en voz más alta que antes—. Brian Kendall. Yo soy Lili Connors. Tengo que ver al señor Osgood.

Un pajarillo, ser privilegiado, llegó del exterior, por encima de la tapia, y fue a posarse sobre un naranjo, muy cerca de la rubia y bellísima Lili Connors. Ladeó la cabecita y emitió unos graciosos trinos, que hicieron sonreír a la rubia.

De pronto, miró hacia una de las escaleras que bajaban desde la galería.

Y de nuevo quedó atónita… Dos hermosas muchachas llegaron abajo, y se encaminaron hacia ella. Eran jóvenes, bonitas, muy bronceadas por el sol, lo cual podía apreciarse a la perfección, ya que estaban completamente desnudas. Ciertamente, aún en diciembre el sol resultaba agradable, pero a Lili Connors le pareció que no lo suficiente para ir desnuda. Claro que allí dentro, sin aire, con el calor bien conservado entre los muros…

—Oscar la recibirá —dijo una de las muchachas al llegar ante Lili—. Puede desnudarse aquí mismo.

—Yo le llevaré el maletín —adelantó una mano la otra.

Lili retrocedió un paso, poniendo el maletín a salvo.

—Puedo llevarlo yo. En cuanto a desnudarme, no veo la necesidad.

—Oscar no la recibirá si no se quita la ropa —dijo la muchacha que había hablado primero.

—Eso ya lo veremos. Apártense.

Ninguna de las muchachas se movió. Lili miró hacia la escalera por la cual habían descendido, y de nuevo miró a las dos jóvenes esculturales, que a su vez la contemplaban inexpresivamente, sin mostrar la menor intención de apartarse, por supuesto. Los hermosísimos ojos verdes de Lili Connors se entornaron. Adelantó un paso…, y entonces percibió cierto movimiento por encima suyo. Miró hacia la galería, y vio a otras dos muchachas, bonitas y jóvenes, igualmente desnudas, apoyadas en la baranda, y apuntándola con sendas pistolas automáticas, enormes. Miró hacia la escalera, y vio a otras dos, que bajaban empuñando asimismo pistolas automáticas, y por supuesto, también completamente desnudas.

Lili miró a las dos primeras, y sonrió simpáticamente.

—Bien pensado —dijo—, hace el suficiente calor para que se esté a gusto desnuda.

—Sí —sonrió una de las muchachas—: bien pensado.

Las otras cuatro, silenciosas, la estaban apuntando con sus pistolas. Así que Lili Connors se desnudó completamente, dejando al descubierto su piel bronceada, no tan oscurecida como la de aquellas muchachas, sino semejando oro puro. Tanto el tono de la piel, como su brillo, y las formas de su cuerpo hicieron fruncir el ceño a más de una de aquellas preciosas jovencitas.

—Tenga cuidado con el maletín —lo tendió a una de ellas, junto con la ropa—. Dentro hay cosas delicadas.

—No se preocupe.

Comenzaron a caminar hacia la escalera. El espectáculo era absolutamente excepcional. Cuando llegaron a la galería, el sol dio de lleno en el cuerpo de Lili, que destelló como auténtico oro. A cada paso, sus vibrantes senos experimentaban tan sólo un breve movimiento, una vibración, como sus caderas.

Arriba, una de las muchachas abrió una puerta de cristales de colores, y señaló el interior. Lili entró en la estancia, grande y soleada. Al fondo, simplemente pared; la pared que se veía desde el

exterior. Entre la pared y la puerta que acababa de utilizar, estaba Oscar Oliver Osgood.

Debía ser él, por, supuesto.

Estaba tendido sobre un montón de almohadones de bellos colores, grandes, confortables. Estaba también completamente desnudo, y por un momento, Lili tuvo la impresión de que estaba contemplando un cerdito. Un cerdito pequeño, regordito y sonrosado, calvo como una bombilla y con los ojos de un color que, salvo gran error por su parte, eran de color rojo, a poco menos. La impresión de estar viendo un cerdito fue tan fuerte que durante dos o tres segundos, Lili tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener en su memoria el hecho de que aquel ser era un hombre. Y además, inteligente.

—Es usted muy hermosa —dijo el cerdito—. Luego utilizaremos el sexo. Ahora, dígame qué ha venido a buscar aquí.

Tenía una voz suave, apagada, de una nitidez auditiva perfecta, casi dulce.

—¿Puedo hablar delante de sus…? ¿Qué son? ¿Sus empleadas?

—Así es. Su trabajo consiste en evitarme molestias y en que yo tenga en todo momento lo que desee. Aquí, en este lugar, tengo pocas molestias. En cuanto a lo que deseo, casi siempre es lo mismo: comida y sexo. Por eso, las llamo así: Sex. Con un número de identificación, se entiende. Detrás de usted están ahora Sex-2 y Sex-5. ¿La ha enviado Brian Kendall, dice usted?

—Sí.

—Bien… ¿Para qué?

—¿Puedo hacerle una pregunta antes?

—Desde luego.

—Entiendo muy bien que puesto que ellas son sus empleadas y les paga, le obedezcan en su capricho de tenerlas desnudas por aquí todo el día. Pero yo no soy su empleada, Triple 0.

—No, desde luego. Pero la he visto hace unos minutos en la pantalla de televisión, me ha parecido muy hermosa, y he tenido el capricho de verla desnuda.

—Eso requiere mucha desfachatez.

—Sin duda. ¿Piensa hacer algo al respecto? ¿Insultarme? ¿Denunciarme, quizá?

—No me parecería práctica ninguna de esas cosas.

—Exacto. En cambio, teniendo en cuenta mis… tendencias personales, sí es práctico que mis empleadas estén desnudas. ¿Está usted dispuesta a complacerme, también?

Lili Connors miraba con auténtico interés al cerdito sonrosado. Era un ejemplar curioso en verdad.

De pronto, Lili sonrió.

—Mire, Triple 0, yo sólo he venido aquí a subsanar un pequeño error que contiene el microfilme del Proyecto Orbis. Una vez subsanado ese error, volveré con el señor Kendall, qué es quien me paga. Él, no usted.

—¿Qué es eso del Proyecto Orbis?

—¿No ha recibido usted el microfilme enviado por el señor Kendall?

—No.

—Es raro… Lo envió hace casi cuarenta y ocho horas, según me dijo. Precisamente, me obligó a esperar para venir a fin de que no llegase yo antes que el microfilme.

—No ha llegado nada. ¿De qué trata el Proyecto Orbis?

—Permítame que me reserve la respuesta para cuando llegue el microfilme. Será todo más fácil para los dos.

—¿Cómo sé que realmente la envía a usted Brian Kendall?

Lili alzó las cejas, sorprendida.

—¿Quién más podría enviarme?, —preguntó a su vez—. ¿La CIA? ¿O el FBI? ¿La policía, quizá? ¡Tiene usted unas preguntas realmente divertidas, Triple 0!

—Usted también es divertida —sonrió el cerdito—. ¿Cuándo vio por última vez a Kendall?

—Anoche, debían ser las once. ¿Por qué?

—¡Ah! Es que esta mañana he intentado comunicarme con él, y no ha sido posible de ninguna manera. Quería preguntarle por el material de este mes, pero si ya lo ha enviado… De todos modos, me sorprende que Kendall no haya dejado ni siquiera un punto de contacto conmigo. Él sabe que puedo llamarlo en cualquier momento.

—Bien… A decir verdad, últimamente ha habido algunas dificultades. Kendall me instruyó en el sentido de que procurase no informarle a usted de esto a menos que fuese necesario, pero lo cierto es que teme estar al descubierto.

Oscar Oliver se sentó vivamente sobre los almohadones.

—¡Ha debido decirme eso desde el principio! —exclamó.

—Ya le digo que Kendall me dijo que no le alarmase. Es muy posible que todo sean aprensiones de él.

—Entiendo... ¡Y comprendo, ahora, por qué me ha enviado el material de este mes por correo en lugar de utilizar el télex, como en otras ocasiones!

—Supongo —sonrió Lili— que estaba usted desconfiando de mí.

—A decir verdad, la estaba condenando a muerte, señorita Connors. Pero eso sería después de haberla amado intensamente... ¿Qué opina usted del amor?

—Es hermoso.

—¿Y qué me dice del sexo?

—Es muy agradable —volvió a sonreír Lili—. Siempre que uno esté dentro de ciertos límites razonables.

—¿Le parece que yo no estoy dentro de esos límites?

—Francamente, me está pareciendo usted un obseso sexual.

Sex-5 emitió una risita, y 000 volvió sus colorados ojos hacia ella, con un gesto vivo, furioso.

—Ve a recoger el correo —deslizó fríamente—. Más tarde comentaremos esa risita tuya, Sex.

La muchacha salió a la galería, sin dejar de sonreír. Oscar Oliver Osgood se puso en pie, con total impudicia que no impresionó en absoluto a Lili Connors.

—Venga conmigo. Le demostraré que sé pensar en otras cosas, también. Mientras tanto, daremos tiempo a Sex-5 para que regrese con el correo que haya llegado al apartado de Marathon... ¿Le ha llamado la atención mi cúpula?

—Supongo que debe llamar la atención de todo aquel que la vea. Y yo diría que es muy fácil verla desde bastante distancia. ¿A qué viene ese afán de notoriedad en una persona que se dedica a actividades tan... delicadas, Triple 0?

—¿Kendall no se lo ha dicho?

—No.

Triple 0 quedó pensativo unos segundos. Luego, hizo una seña, y se dirigió hacia la puerta. Lili Connors salió a la galería tras él, caminaron por ella hasta otra de las puertas, y entraron en ese aposento, en el que no había nada, excepto un tramo de peldaños

de madera, que desaparecían en un hueco del techo. Siempre en silencio, Triple 0 emprendió la ascensión, con Lili tras él. Llegaron a otra pequeña sala vacía, de la cual partía otra escalera. Subieron por ésta, que terminaba en otro agujero rectangular en el techo.

Cuando Lili sacó la cabeza por encima del nivel del techo, Triple 0 encendía la luz en aquél aposento, que era más pequeño que los anteriores. Y completamente diferente. Las paredes estaban forradas de planchas metálicas. El aposento era circular, y en la mitad de enfrente al hueco de acceso, había gran cantidad de aparatos electrónicos, incluidas dos pantallas de televisión. Lili tuvo la impresión de hallarse en el interior de una gigantesca lenteja.

—¿Estamos en la cúpula? —preguntó.

—Exactamente… Vea esto.

Triple 0 accionó los mandos de uno de los televisores, y apareció el resplandor en la pantalla. Luego, apareció la extensión de terreno cubierto de flores y palmeras, y al fondo el muro con las verjas. Los dos se quedaron mirando la pantalla, hasta que apareció una muchacha montada en una motocicleta, que partía de la casa hacia las verjas. Llevaba unos *blue-jean* y un jersey. Lili identificó a Sex-5.

—¿Confía usted en sus amiguitas? —musitó.

—Absolutamente —sonrió Oscar Oliver—. Y eso, por una razón muy sencilla: no saben nada de nada. Para ellas, yo soy un millonario excéntrico que paga espléndidamente por tener un harén particular. Un loco. ¿Qué le ha contado Kendall de mí?

—Casi nada. Pero entiendo que dirige usted un tinglado de espionaje financiero mundial. ¿Esta es su oficina?

—Podríamos llamarla así —rió Oscar Oliver.

—¿Y por qué arriba, en la cúpula? En verano debe hacer un calor espantoso aquí dentro.

—No sea primitiva —rió de nuevo Oscar Oliver—. Espero que comprenda que dispongo de los adelantos más sofisticados en todos los sentidos. Naturalmente que hay aquí aire acondicionado. Y máquinas capaces de resolverme toda una serie de problemas técnicos. Vea esta computadora… Ha sido preparada de tal modo, su programación es tan perfecta y completa, que puedo ver en esa pantalla todo cuanto precise para tomar una decisión: desde una palabra que no comprenda y que normalmente me obligaría a consultar una enciclopedia, hasta la operación matemática más

complicada sobre asuntos de altas finanzas. Este es un ordenador de datos. Comprenderá usted que hay que estar organizado, hay que tenerlo todo bien clasificado a fin de programarlo periódicamente. La memoria de mi computadora es tal que…

La explicación se fue prolongando. Lili Connors lo escuchaba todo en silencio, comprendiendo las explicaciones, pese a estar distraída debido a una preocupación: ¿Por qué le contaba tantas cosas Triple 0?

—¿Y estos paneles? —preguntó.

Señalaba una consola ante la cual había dos asientos metálicos. La consola estaba llena de pequeños indicadores y luces. Oscar Oliver se sentó en uno de los asientos, señalando el otro a Lili.

—Todo tiene aquí su sentido y su función —Triple 0 dejó de mirar a Lili, que ya se había sentado junto a él y señaló uno de los botones de mando—. Por ejemplo, si yo aprieto este botón, usted va a quedar en una situación comprometida.

Había apretado el botón mientras hablaba, y Lili ya no tuvo tiempo de nada. Unas amplias tiras de metal, como brazos rudimentarios, aparecieron por los lados del asiento, al nivel del pecho y de los muslos, cerrándose rápidamente, con seco chasquido al ensamblarse, de tal modo que Lili quedó apresada en dos aros de metal, uno que la mantenía sentada apretando sus muslos contra el asiento, y el otro apretando su pecho contra el respaldo.

La rubia Lili ni siquiera respingó. Sólo miró a Triple 0, que ahora la contemplaba fríamente.

—Voy a reproducir para usted un mensaje que me llegó esta mañana, a eso de las once y media. No pierda de vista la pantalla.

En la pantalla, con sonido cantarín, aparecieron las letras, que formaron palabras que a su vez compusieron este mensaje:

«Brian Kendall fue detenido anoche por la CIA. Esté atento a posibles siguientes comunicados y preparado para desplazarse a punto 2. Desconfíe de cualquier contacto personal por verosímil que le parezca. No se comunique por ningún medio, la cúpula está vigilada».

—¿Quién le ha facilitado este mensaje? —musitó Lili.

—Unos amigos. Evidentemente, usted es de la CIA, señorita Connors.

—Acierta en eso. Pero en todo lo demás que pueda estar

pensando, está equivocado.
—¿Por ejemplo? —Alzó las rubias cejas el cerdito…
—Usted no me interesa. Ni sus amigos. Estoy comprendiendo que usted es sólo la bombilla, Triple 0, pero…
—¿La bombilla? ¿Qué quiere decir con eso?
—Usted es la parte visible de este asunto. Pero una bombilla no sirve de nada si tras ella no hay corriente eléctrica. Lo que todo el mundo ve es la luz de la bombilla, pero no es la bombilla la que proporciona la luz, sino la energía que hay tras ella. La bombilla es… un instrumento.
—Es usted muy expresiva, Lili.
—Oscar, le aseguro que usted no me interesa. Ni sus amigos. Sinceramente, no me hace gracia que estén introduciéndose en las altas esferas de información nacional, pero, a fin de cuentas, sólo tratan de ganar dinero a costa de otros tan ricos como ustedes, pero menos astutos. Con eso, a mi modo de ver, todo lo que ocurre es que el dinero cambia de manos. No me importa, no me interesa. Si Brian Kendall me hubiese hablado sólo de dinero, es casi seguro que no le habría hecho caso. Pero él me llamó precisamente a mí por que estaba asustado. Nos vimos dos veces. En la primera no fue muy explícito, pero en la segunda lo fue más: habló de evitar la puesta en marcha del gran cementerio.
—¿El gran cementerio? —se sorprendió Triple 0—. ¿Qué es eso?
—No lo sé. Y fui tan torpe de no perder unos segundos más con Brian Kendall para que me lo explicase anoche. Sólo dijo lo del gran cementerio, y nos separamos. Yo tenía la esperanza de que él conseguiría reunirse aquí conmigo… No sabía que la CIA lo había capturado.
—¿Usted no sabía eso, siendo de la CIA?
—Yo estoy aquí por mi cuenta, Triple 0. Sé que Kendall le ha enviado a usted un microfilme que contiene el Proyecto Orbis, que es la explicación a todo. La CIA quiere impedir que yo consiga ese proyecto, y si usted me pone obstáculos, lo conseguirá.
—No entiendo nada de nada… ¡Y no me diga que soy tonto!
—Hagamos un trato… Kendall le ha enviado a usted un sobre que seguramente contiene la información habitual de cada mes, la cual, en cuanto a mí respecta, puede quedarse. Sólo quiero el microfilme que habrá en el sobre. A cambio de eso, yo me

comprometo a ayudarle a escapar de la CIA.

—No necesito su ayuda.

—Usted no entiende, Triple 0. Si cazaron a Kendall ayer por la noche, es muy posible que él, para ayudarme, haya permanecido en silencio unas cuantas horas, a fin de darme tiempo a mí a venir aquí a cumplir mi cometido. Pero tarde o temprano, obligarán a Kendall a hablar. Se cansarán del interrogatorio más o menos amable, y emplearán procedimientos cada vez menos soportables. Finalmente, Kendall les dirá cómo pueden encontrarlo a usted, que es a quien él conoce y considera director de todo esto, y dirá que le ha enviado a usted el microfilme con el Proyecto Orbis. Inmediatamente, la CIA bloqueará Marathon Key, no será posible abandonar el cayo de ninguna manera, y vendrán a por usted… ya por el microfilme, claro está. Eso puede tardar dos días o dos minutos, todo depende de la resistencia de Brian Kendall.

—No entiendo que siendo usted de la CIA esté dispuesta a ayudarme a mí a escapar y que pretenda conseguir ese microfilme en contra de la voluntad de sus superiores. ¡No lo entiendo!

—Le estoy diciendo la verdad. Estoy aquí por el microfilme, usted y sus amigos no me interesan… Deme el microfilme, yo le ayudaré a salir del país si es necesario, y nos olvidaremos el uno del otro.

Triple 0 estuvo unos segundos mirando el mensaje que todavía estaba en pantalla. Apagó ésta, se puso en pie, y se acercó a Lili. Deslizó sus manos blandas y frías por los hombros que parecían hechos de seda y de sol.

—La verdad es —musitó— que no tengo el menor deseo de olvidarme de usted.

—No sea estúpido… ¿Qué es lo que quiere? ¿Mi cuerpo? De acuerdo, cuente con él. Lo aceptaré, Oscar, tiene mi palabra. Ahora, suélteme, recojamos el sobre que traerá Sex-5 y desaparezcamos de aquí cuanto antes.

—¿Iremos adonde yo quiera y hará usted lo que yo le pida? ¿Se acostará conmigo?

—Sí.

Triple 0 se inclinó, sin dejar de manosear el cuerpo de Lili Connors. La besó en la boca, y Lili aceptó el beso, hasta que se dio cuenta de que la excitación del cerdito iba aumentando

rápidamente. Entonces, movió la cabeza, apartando sus labios.

—Este no es el momento —jadeó—. ¡No es el momento!

Triple 0 se irguió, y se quedó mirándola. Estaba con la piel del rostro encendida, como si la acabasen de teñir con pintura roja, y de su boca brotaba un jadeo entrecortado. Acercó su cintura a Lili, pero ésta desvió de nuevo el rostro, haciendo lo posible por contener una mueca de asco.

—Ahora no —susurró—. Cuando estemos a salvo, todo lo que quiera, pero ahora no.

Oscar Oliver Osgood soltó un gruñido de auténtico cerdo, y se lanzó escaleras abajo, dejando a Lili en el asiento metálico, e inmovilizada por los finos flejes de acero…

Regresó casi quince minutos más tarde, a toda prisa, y ocupó el asiento libre, tras dejar en el suelo las ropas y el maletín de Lili Connors y una maleta mediana. Lo primero que hizo fue conectar el televisor que proyectaba la imagen del muro y las verjas exteriores, y Lili lanzó una exclamación, cuando vio allá a varios hombres apeándose de varios coches. Miró vivamente a Triple 0, que asintió con sombrío gesto.

—Han llegado detrás de Sex-5 —gruñó—. Por supuesto, son de la, CIA, así que sabemos ya que Kendall no ha podido resistir demasiado, ¿verdad? Respecto a Sex-5 le diré que ha regresado de vacío.

—¿No había llegado aún el sobre enviado por Kendall?

—¡Me está engañando! —gritó de pronto Triple 0, enrojeciendo violentamente—. ¡Ese sobre no existe, pues si así fuese, y lo hubiese enviado Kendall hace dos días, ya habría llegado! ¡Es todo una mentira de usted, que está actuando como avanzadilla de sus amigos!

—Oscar, le aseguro…

—¡Cállese, maldita sea!

—Puedo demostrarle que se equivoca, ayudándole a salir de aquí…

Triple 0 estaba congestionado por la furia. Pero, de pronto, tras un instante de pasmo, se echó a reír. Una risa aguda, bronquítica, que aparecía y desaparecía entre silbidos y crujidos del pecho. Y sin dejar de reír, comenzó a apretar botones y mover pequeñas palancas… Lili Connors volvió la cabeza al oír el siseo metálico, y

todavía estuvo a tiempo de ver cómo una lámina metálica cerraba herméticamente el agujero de acceso a la oficina de Triple 0. Luego, notó un leve zumbido, y en una de las pequeñas pantallas del panel vio aparecer el número 9, iluminado. Luego el 8, el 7, el 6, el 5, el 4, el 3, el 2, el 1, el 0…

* * *

Afuera, entre palmeras y flores, los estupefactos agentes de la CIA que estaban contemplando cómo la dorada cúpula se iba desprendiendo de paneles verticales que se abrían como pétalos de una flor, vieron por fin aquel disco achatado, de un tono gris mate, que no reflejaba la luz. Parecía…, Sí, parecía una gigantesca lenteja.

De pronto, la lenteja se elevó silenciosamente no menos de veinte metros, y un instante después, desaparecía hacia el Este. El pasmo era total. Los agentes de la CIA contemplaban con la boca abierta el punto del cielo azul y rojo de la tarde por donde había desaparecido aquel objeto volante.

Por fin, uno de ellos miró a otro, y masculló:

—Tú también has visto un platillo volante, ¿verdad?

El otro asintió.

Después de esto, cuando poco después consiguieron acceder al interior de la casa, al gran patio de la alberca con azulejos, ninguno de los agentes de la CIA se sorprendió por el simple hecho de encontrar seis muchachas desnudas completamente, y que ante tantos hombres bien armados y evidentemente dispuestos a todo no se les ocurrió la absurda idea de hacerles frente con sus pistolas automáticas.

Gracias a ellas, la CIA supo que Oscar Oliver Osgood, el hombre-cerdito de los ojos rojos, había partido en un platillo volante con rumbo desconocido llevando como invitada a una hermosa muchacha de cabellos rubios y ojos verdes, cuya descripción no engañó a nadie de la CIA respecto a su personalidad.

Dos horas más tarde, la CIA no había encontrado nada interesante en la casa, y hacía cábalas respecto al paradero del microfilme que Brian Kendall decía haber enviado a Oscar Oliver Osgood a su apartado de correos de Marathon. Según una de las jovencitas capturadas, hacía días que no se recibía nada, y aquella

tarde, precisamente, ella misma había hecho en vano el viaje para recoger correspondencia. Ante esto, quedaban solamente dos soluciones: o el sobre enviado por Kendall llegaría al día siguiente o algunos días más tarde, si se había extraviado, cosa infrecuente, pero por supuesto posible…, o bien Kendall había mentido, lo cual era una estupidez en un hombre en su situación.

Lo seguro era que, en uno u otro caso, la CIA tenía todas las probabilidades de conseguir el microfilme, y que la agente Baby estaba perdiendo el tiempo en un pequeño platillo volante.

# Capítulo VI

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó Lili.

—En el fondo del mar, a unos quince metros de la superficie. Estaremos aquí hasta que llegue la noche. Luego, salvo que me indiquen lo contrario después de mi último mensaje sobre lo ocurrido en Punto 1 iremos a Punto 2.

—¿Y dónde está Punto 2?

—En las Bahamas, muy cerca de Nassau.

—¿Conocía Brian Kendall ese punto?

—No —negó Triple 0—. Ese punto es sólo para agentes británicos y rusos.

—Estaba pensando que quizá Kendall hubiese enviado allí el Proyecto Orbis.

—Imposible. Sólo los agentes rusos o británicos que trabajan para nosotros podrían hacerlo. Pero dudo que hayan enviado nada, pues las remesas se reciben siempre a principios de mes, y estamos terminando el año, precisamente. Además, no insista en continuar con esas mentiras. Es inútil.

Lili se quedó mirando el panel de mandos, fruncido el ceño. Mientras aquel estúpido la retenía, la CIA sólo tendría que capturar a las seis jovencitas, enterarse de todo, y acudir al apartado de correos de Oscar Oliver, adonde llegaría tarde o temprano el envío efectuado por Kendall. Así de sencillo. Es decir, que por culpa del cerdito de los ojos rojos, ella jamás conseguiría saber cuál era el contenido del Proyecto Orbis. Y nada habría servido de nada.

—¿Va a tenerme así mucho tiempo? —Volvió la cabeza hacia Oscar Oliver.

—El que considere necesario.

—Me gustaría vestirme, al menos.

—Cállese.

Lili apretó los labios. Según sus cálculos, llevaban allí bajo el

agua según decía Triple 0, no menos de cuatro horas; es decir, que debían ser entre las ocho y las ocho y media de la noche. Y hacía más de tres horas que Triple 0 había enviado su mensaje para que ratificasen o modificasen las órdenes teniendo en cuenta los últimos acontecimientos.

En la pantalla comenzaron a aparecer, de pronto, puntitos, emitiendo aquel clásico sonido cantarín. Los puntitos formaron velocísimamente letras, y éstas formaron palabras, y las palabras formaron la frase de instrucciones para Triple 0:

«Ningún problema en Punto 2. Todo preparado para recibirle inmediatamente. Mantenga con vida a su prisionera hasta nueva orden. El próximo contacto será mañana. Es todo».

Se oyó un pitido agudo. Triple 0 apretó un botón, y el mensaje quedó inmovilizado en la pantalla.

—Me pregunto para qué quieren que la conserve con vida, pero desde luego no me desagrada…, aunque sólo sea por esta noche. Bien, partamos hacia Nueva Providencia. ¿No está sorprendida por la existencia de este aparato, Lili?

El aparato había comenzado a vibrar suavemente. Muy suavemente. Tanto, que Lili ni siquiera sabía si estaban moviéndose o no.

—En cuestión de platillos volantes no creo que usted pueda darme muchas sorpresas —replicó la bellísima rubia—. De todos modos, es fácil admitir la existencia de este aparato: sin duda, usted trabaja para gente que dispone de grandes medios técnicos, como fábricas de aviones, de armamento, de coches, de material electrónico en general… Todo ello implica la posesión de enormes talleres donde se pueden construir aparatos mucho más espectaculares que éste, al que, en realidad, deberíamos considerar como un… simpático juguete.

—Es usted muy inteligente.

—Admito que sí —sonrió Lili—. En cambio, usted es un muñequito. Le construyeron este artefacto, le colocaron en él, y está trabajando como coordinador de toda la información que le van facilitando los agentes secretos que va contratando. En realidad, para los grandes financieros a los que está sirviendo, usted no es más que una… una pieza más de este conjunto de fantasías electrónicas. Un pequeño robot especializado en ciertos

conocimientos, y que obedece a sus amos cuando éstos le dan instrucciones por la pantalla… ¿No es así, Oscar?

—Usted me está provocando para irritarme, para lastimar mi amor propio.

—No. Es la verdad. Vamos, tiene que comprenderlo… Usted es un técnico inteligente en su trabajo, de acuerdo. Pero aquí dentro, es el muñequito de los financieros. Ellos envían un mensaje que aparece en la pantalla, y usted obedece. Está entre los espías y los financieros. Se mueve usted y vive usted a golpe de botón de mando. En realidad, todo esto es…

Lili se calló. Frente a ella y Triple 0 se había descorrido de nuevo el estrecho panel metálico, y a través del grueso vidrio antirreflectante, apareció la oscuridad de la noche. Segundos después, Lili veía el rebrillar del mar a la luz de la luna menguante. Estaban viajando a increíble velocidad hacia el Este, es decir, hacia las Bahamas, a menos de diez metros de altura sobre el mar.

—Todo es fantástico —continuó—. Me encuentro metida en un asunto en el que intervienen posiblemente docenas de agentes secretos que están traicionando a sus respectivos servicios, y unos cuantos financieros de altísima cota que están utilizando un muñequito pensante. Es fantástico, sí, pero sigue sin interesarme grandemente en comparación a lo de poner en marcha el gran cementerio.

—Si vuelve a llamarme muñequito, le pesará, se lo juro —siseó Triple 0.

—De acuerdo. Volvamos a lo de nuestro trato. A mí me interesa conocer el Proyecto Orbis, y ciertamente, no parece que vaya a conseguirlo si continúo con usted. Si nuestro trato…

—No hay trato. Ya me está usted cansando con tanto hablar de ese proyecto, y del gran cementerio que malditos demonios me importa. Así que cállese. O por lo menos, no hable más de este asunto.

—¿No piensa facilitarme las cosas, Oscar?

—No.

—Bien… Bien. Todos tendremos que aceptar las consecuencias de esta decisión suya.

Triple 0 la miró un instante de reojo. Luego, encogió los hombros, y dedicó toda su atención al panel de control visual.

El primer indicio de que estaban llegando a destino fue la luz, que fue intensificándose rápidamente, hasta que Nassau pareció una ascua ante ellos, como flotando en el mar. Triple 0 descendió aún más, de modo que el aparato voló los últimos kilómetros prácticamente a un metro sobre el agua; por supuesto, sin luz alguna. Se desviaron hacia la izquierda de Nassau, es decir, hacia el Oeste, y poco después el pequeño disco volante pasaba sobre las primeras palmeras de la playa, para descender de nuevo inmediatamente. Lili vio tan bien como Triple 0 las tres pequeñas luces verdes reluciendo en la oscuridad. El aparato fue hacia allí, descendió de nuevo, y poco después se detenía en el interior de un garaje vacío.

La suave vibración terminó, el panel metálico volvió a su sitio de modo que todo quedó hermético de nuevo, hasta que Oscar Oliver apretó un botón, y se abrió la compuerta a ras del piso. Por allí apareció en seguida una jovencita de rojos cabellos, completamente desnuda, que se acercó a Triple 0 sonriendo. Éste se puso en pie, la abrazó, y la besó en los rojos y gorditos labios.

—¡Hola, Sex-1! ¿Todo bien?

—Sí, Triple 0. Nos avisaron de que vendrías, y ya ves —se señaló sus desnudas formas— que te recibimos como a ti te gusta. Sex-2 y Sex-3 están esperando afuera. ¿Quieres que entren?

—Sí. Pero armadas. Quiero que la señorita Connors esté bien controlada en todo momento.

—¡Oh, descuida!, eso será fácil… Las llamaré.

Sex-1 se descolgó por la abertura, y quedó a pie firme con la abertura a nivel de las caderas, con lo que Lili comprendió que el platillo había quedado sobre una plataforma de poca altura. Sex-2 regresó en seguida con otras dos preciosas muñequitas, cada una de ellas armada con una automática. Evidentemente, Triple 0 era un hombre de gustos fijos, muy bien definidos. Besó a las dos jovencitas, las acarició un poco, y señaló a Lili.

—Cuidado con ella.

Apretó un botón, y por fin, los brazos y las piernas de Lili quedaron libres. En los muslos, y en los senos, se veían unas marcas rojas debidas, a la presión de las abrazaderas.

—¿Puedo vestirme ya?

—No. Llevadla a la casa. Yo iré en seguida.

—Hay un sobre para ti, Triple 0 —dijo Sex-1—. Llegó al apartado, esta tarde.

—¿Esta misma tarde? —se sorprendió Óscar Oliver—. ¿Cómo sabes que llegó esta misma tarde?

—Cada tarde voy a ver si hay algo. Ayer no había, así que ha tenido que llegar hoy.

—Claro. Tengo una buena noticia para ti, Sex: ya no me marcharé. La base anterior ha quedado descartada. A partir de ahora mi base fija será ésta, Punto-2.

—¡Estupendo! —sonrió la muchacha—. Las tres estaremos muy contentas de que estés siempre con nosotras.

Triple 0 se inclinó a besarla, y luego le dio una palmada en el trasero.

—Esperadme en la casa. Tengo que dejar esto bien ordenado y dispuesto para partir en el acto si fuese necesario.

Las cuatro mujeres fueron hacia la escotilla. Lili se detuvo, y señaló su maletín.

—¿No podía recoger al menos mi maletín? Tengo ahí mis cosas para…

—Yo se lo llevaré —cortó Oscar Oliver.

Salieron las cuatro. En efecto, el platillo volante estaba sobre un soporte metálico. Del garaje, pasaron directamente a la casa por una puerta lateral Era una casa amplia, confortable, pero en modo alguno exótica, como la de Marathon Key. Desde la ventana grande del salón se veía enfrente el mar, y hacia la izquierda las luces de Nassau. El silencio era completo allí.

—Siéntese en ese sillón —señaló Sex-1—, y pórtese bien si no quiere que la lastimemos.

Lili Connors le dirigió una mirada en verdad muy poco amable: frunció el ceño, ladeó la cabeza, y miró de arriba abajo a la muchacha. Ella no llevaba automática, pero sí las otras dos.

—¿Por qué me mira así?

La espía más peligrosa del mundo no contestó. Comenzó a caminar hacia el sillón indicado, como dispuesta a obedecer mansamente…, lo cual no pensaba hacer, pues estaba ya cansada de obedecer a jovencitas como aquéllas, y, sobre todo, de un humor poco simpático.

En realidad, fue muy simple.

Describió una gran vuelta sobre su pie derecho, alzando la pierna izquierda, con potencia y elasticidad. La punta del pie golpeó en la garganta, bajo la barbilla, a la muchacha armada que tenía a su derecha. El resultado fue fulminante: la muchacha saltó hacia atrás con los ojos en blanco y dejando caer la pistola; cayó de espaldas al suelo, y ya no se movió…

Quien sí continuaba moviéndose era Lili Connors, que tras el punterazo a la primera muchacha, volvió a girar, se detuvo ante la otra, que estaba lívida, y justo cuando empezaba a reaccionar apuntando la pistola hacia el pecho de Lili, ésta la golpeó con el canto de la mano izquierda bajo la oreja derecha, con tal fuerza que la muchacha salió despedida de lado, pasó por encima del brazo del sofá, y quedó tendida de bruces en éste.

Con un formidable giro de caderas. Lili quedó frente a Sex-1, que estaba con la boca abierta y los ojos desorbitados. La acción de Lili había sido tan rápida, tan veloz en todo momento, que la muchacha no llegó ni siquiera a poder gritar: el atemi propinado por Lili sobre su corazón hizo brincar su seno derecho y sacudió con fuerza su cabeza en un movimiento veloz de vaivén; luego, se desplomó de espaldas cuan larga era, sin que Lili se molestase en aliviarla del impacto de la caída.

Lo que hizo fue recoger las pistolas de las otras dos, y mirar alrededor. Luego miró una a una a las tres muchachas, y movió la cabeza con un gesto incrédulo.

—El mundo va hacia la ruina —se dijo—: incluso las personas ineptas encuentran trabajo. Claro que Triple 0 las debía utilizar más para su satisfacción personal que para otras cosas…, y quizá en eso sí sean expertas.

Ocultó una de las pistolas bajo el sofá, empuñó la otra, y se disponía a regresar al garaje cuando vio el sobre depositado en la mesita de centro, y dirigido a uno de los apartados de la central de Correos de Nassau. New Providence, Bahamas. Lo abrió, y sacó la hoja de papel doblada que contenía, con un mensaje escrito en inglés con letras mayúsculas:

*«URGENTE 22,00 A 24,00 PRINCESS BAR. Z.»*

Volvió a guardar el papel en el sobre, dejó éste sobre la mesita, y

regresó al garaje, que estaba a oscuras todavía, de modo que se veía en el suelo el rectángulo de luz bajo el pequeño aparato volador.

Simplemente, se metió bajo el platillo, emergió el torso por la abertura, y apuntó la automática a la espalda de Triple 0, que estaba trabajando sobre el panel de mandos.

—Oscar —llamó.

Éste volvió la cabeza vivamente, vio a la rubia Lili, la pistola que le apuntaba, y palideció.

—No… No…

—Recoge tu maleta y mis cosas y sal. Si tardas más de un segundo en comenzar a moverte, te volaré la cabeza de un balazo. Y ya cuenta el tiempo, Oscar.

Triple 0 se puso rápidamente en pie, respingando. Tomó su pequeña maleta, el maletín y las ropas de Lili, y se acercó a la abertura. Ella se colocó a un lado, dejándole espacio, y no hizo falta ninguna comunicación verbal para que ambos se entendieran. Oscar Oliver Osgood se descolgó por el hueco, rozando el cuerpo de Lili, cuya actitud fría y serena rayaba en el desprecio. No parecía temer en absoluto ninguna reacción peligrosa para ella por parte de Oscar.

Tal actitud, y la pistola que se hundió en su vientre, debió ser suficiente para Oscar, que se portó dócilmente. Cargando con todo, fueron hacia el salón, donde Oscar miró impresionado a las tres muchachas desvanecidas.

—Colócalas sentadas a las tres en el sofá. Luego, siéntate junto a ellas: Sin comentarios.

Triple 0 obedeció. Mientras él colocaba a las tres Sex en el sofá, Lili Connors se vistió, por supuesto sin perder de vista a Oscar, aunque sin ocultar su desdén. Cuando el cerdito de los ojos rojos estuvo sentado en el sofá con las desvanecidas odaliscas, Lili abrió su maletín sobre la mesita, mostró el sobre a Oscar, y preguntó:

—¿Quién es Z?

—¿Zeta…? No sé…

Ella se acercó, sacó la hoja de papel, y la puso ante los colorados ojillos.

—La cita es de diez a doce de la noche en el Princess Bar de Nassau, naturalmente. Y cabe interpretar que si no acudes hoy, te esperarán mañana. Pero no tenemos por qué hacer perder el tiempo a Z. ¿Quién es?

—Yo no sé quién pued…

La bofetada, propinada por Lili con la mano derecha sobre la oreja izquierda de Oscar, fue tremenda. Oscar tuvo la sensación de que una bomba acababa de estallar dentro de su cabeza, dejando en ella un terrible silbido agudísimo que parecía capaz de romper el tímpano. Pese a todo, pudo oír perfectamente la Voz de Lili:

—No me impacientes, Oscar. ¿Quién es Z?

—Es… es un ruso. Se llama Daniel Zekov…

—¿El que te vende información soviética?

—Sí… Uno de ellos. Zekov tiene su base de trabajo en La Habana, y periódicamente viene a Nassau, donde me entrega sus informes.

—¿Y te va a entregar informes, hoy? Es decir: ¿la cita es para entregarte informes?

—No lo sé. Quizá haya conseguido algo inesperado, pero normalmente no deberíamos vernos hasta dentro de un par de semanas, por lo menos.

—¿No tienes la menor idea de por qué te cita con anticipación?

—No, no…

Lili se separó de Oscar. Regresó ante el maletín, se puso su relojito de pulsera, que las Sex de Marathon Key habían depositado en aquél, y miró la hora. Las once menos veinte. ¿Para qué citaba Daniel Zekov a Oscar con urgencia? ¿Podía ser algo relacionado con el Proyecto Orbis? No parecía probable, puesto que tal proyecto era norteamericano, al parecer… Durante un minuto, Lili Connors estuvo vacilando entre marcharse de allí, simplemente, regresando a Marathon Key para intentar conseguir el microfilme enviado allá por Brian Kendall, o averiguar qué quería el agente soviético con tanta urgencia. ¿Podía ser interesante para ella? ¿Podía Zekov saber algo que a ella le interesase más que el Proyecto Orbis?

Sólo había un modo de saberlo… Volvió a mirar su relojito, haciendo cálculos de tiempo. En menos de una hora, podía ir a Nassau y regresar. Eso, haciendo el viaje a pie. Y si resultaba que Zekov no tenía nada que a ella le interesase, sólo tenía que volver al chalé donde se hallaba en este momento y entendérselas con Oscar. Por otra parte, de noche no conseguiría nada en Marathon Key, adonde podía llegar en poco más de una hora utilizando el platillo volante, cuyo manejo había aprendido tan sólo viendo a Oscar

accionando los mandos…

Muy bien.

Sacó del maletín dos cápsulas de gas narcótico y las compresas. Oscar Oliver, que la miraba fijamente, se irguió sobresaltado cuando la vio a punto de lanzar hacia él aquellas pequeñas esferas de cristal. Eso fue todo lo que pudo hacer. Un instante después, quedaba profundamente dormido para un tiempo no inferior a dos horas, lo mismo que sus cariñosas amiguitas, todos desnudos. Lili los estuvo contemplando mientras mantenía ante su boca y nariz las compresas durante veinte segundos. Luego, las guardó, se colocó la pistolita de cachas de madreperla en el muslo izquierdo, sujetándola con una tira de esparadrapo color carne, apagó las luces del salón, salió, y segundos después lo hacía de la casa, entrando de nuevo al garaje por la puerta de comunicación. No había coche alguno allí, pero sí dos bicicletas y una motocicleta, colocadas junto a la pared.

Miró hacia la luz del platillo, que formaba un perfecto cuadrado en el suelo, pero acabó por encoger los hombros, y agarró por el manillar una de las bicicletas.

Un minuto más tarde, pedaleaba tranquilamente en dirección a Nassau.

# Capítulo VII

Piotr Gagarin, es decir, el hombre que Oscar Oliver conocía como Daniel Zekov, vio a la rubia entrar en el Princess Bar, y por supuesto, reparó en su gran belleza; pero de un modo incierto, ya que Daniel Zekov estaba muy, muy preocupado. Tenía sus buenos motivos, naturalmente. Pese a todas sus precauciones, incluida la de darle un nombre falso (ruso, pero falso) a Triple 0, había sucedido lo inevitable. Sí, él había sabido desde el primer momento que sería inevitable que la MVD supiese más pronto o más tarde que los estaba traicionando, vendiendo información.

Y había sucedido: lo habían cazado. A decir verdad, la situación de Daniel Zekov no era envidiable. Después de descubrirlo y de interrogarlo adecuadamente, la MVD había decidido capturar al hombre llamado Triple 0; al hombre que pagaba los servicios basados en la traición de Daniel Zekov. Así pues, Daniel estaba allí, en el Princess Bar, en pleno centro elegante de Nassau, como carnada. Había tenido que acceder… ¡Vaya si había tenido que acceder! Ni por un instante se le ocurrió a Daniel Zekov negarse a las órdenes de la MVD una vez descubierto por ésta. Lo que todavía no comprendía Zekov era cómo la MVD había sabido lo suyo. Zekov era un buen espía. No genial, pero de los buenos, y sabía que si la MVD lo había descubierto, no había sido por culpa suya, por ningún fallo personal. ¡Demonios, no tan pronto, al menos! No, él no había cometido fallo alguno, pero…, ¿cómo le había descubierto la MVD, entonces? La idea de Daniel Zekov era que alguien le había delatado. Tenía que ser así. Pero ¿quién podía haberle delatado…?

—¿Señor Zekov?

Daniel se quedó mirando sorprendido a la hermosa rubia, que estaba de pie ante él, al otro lado de la mesa, mirándole con atención, muy fijamente.

—¿Qué desea? —musitó Zekov.

—Naturalmente —dijo la rubia—, he visto a dos compañeros de usted que están en otra mesa, y he comprendido que están tendiendo una trampa a Triple 0. Lo cual no me importa, hasta cierto punto. Sólo me gustaría saber por qué traiciona usted a Triple 0.

—¿La envía él?

—No. Y hágales una seña a sus compañeros para que se queden donde están. No sólo hay tres amigos míos en el local, dispuestos a controlar la situación, sino que a usted le estoy apuntando al vientre con una pistola. ¿Quiere mirar, por favor?

—¿Quién es usted?

—Lili, espía americana. Pero conteste a mi pregunta: ¿por qué está traicionando a Triple 0?

—Me han obligado.

—¡Ah…! ¿Eso quiere decir que la MVD ha descubierto que usted trabajaba para Triple 0?

—Claro. Y en mi opinión, sólo él ha podido delatarme; pero me parece absurdo.

—Lo es. Creo que sé lo que ha pasado. La CIA ha cazado, también, a uno de los nuestros que estaba trabajando para Triple 0, y como es natural, le han apretado las clavijas. Eso quiere decir que nuestro traidor ha explicado muchas cosas sobre Oscar Oliver. Una de ellas, que Oscar tenía también contratados agentes soviéticos. ¿Lo comprende?

—No —se desconcertó Zekov.

—Es muy fácil —sonrió secamente Lili—: la CIA ha facilitado esa información a la MVD y la MVD, puesta sobre aviso, ha buscado entre el personal que estaba en condiciones favorables para relacionarse con Triple 0. Usted era uno de ellos, le acusaron a ciegas, y dio resultado. ¿Lo comprende ahora?

—Sí. Lo que no comprendo es que la CIA facilite esa clase de información a la MVD.

—Por el momento, yo tampoco comprendo eso, pero no se me ocurre ninguna otra explicación. Tampoco comprendo por qué ha citado usted aquí a Triple 0 en lugar de decirles a sus compañeros dónde podrían encontrarlo, en la casa cercana a la playa… A menos que no supiese usted eso, y que siempre se viese con Triple 0 en este bar o le enviase sus informes al apartado de Correos… ¿Es esto

último?

—Sí.

—Bien… Volvamos a nuestra incomprensión sobre el hecho de que la CIA haya pasado a la MVD esa información sobre la existencia de traidor o traidores en su servicio. ¿No se le ocurre nada por lo que la CIA haría eso?

—No… No.

—A mí, sí. Evidentemente, temen que Triple 0 haya conseguido algo que puede perjudicar tanto a la MVD como, a la propia CIA. Por lo tanto, han decidido unir sus fuerzas para localizar a Triple 0, que se ha escapado de la CIA, y para conservar las máximas posibilidades de que. Triple 0 no reciba el Proyecto Orbis, o, si ya lo ha recibido, no pueda negociarlo en modo alguno. Están cerrando el cepo con todas sus fuerzas.

—No entiendo nada de lo ultimo que usted ha dicho —murmuró Zekov, mirando hacia los otros dos rusos—. Jamás he oído mencionar ese Proyecto Orbis. Y en cuanto a usted… se diría que está trabajando por su cuenta, no con la CIA, pese a haberme dicho que es una espía americana.

—¿No sabe nada sobre el Proyecto Orbis?

—Nada en absoluto.

—Dígales a sus compañeros que vengan con nosotros.

Zekov hizo una seña a los otros dos rasos, que tras breve vacilación, accedieron.

—Por favor, siéntense. Voy a hacerles una oferta que les interesará.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de ellos.

—Lili, espía americana. Tengo a Triple 0 en mi poder, a disposición de ustedes. Sólo tienen que ir allá y agarrarlo por las orejas.

—¿Por qué no ha venido él?

Lili, espía americana, pareció sorprendida.

—¡Qué pregunta tan tonta! Yo se lo he impedido, naturalmente. ¿No les he dicho que lo tengo prisionero? Vamos, siéntense y hablemos en serio. ¿Quieren o no quieren cazar a Triple 0?

—Hay tres hombres con ella —susurró Zekov.

Los soviéticos Igor y Antón se sentaron, no muy amable su expresión, desde luego.

—Este es mi trato —dijo Lili, mirando atentamente de uno a otro—: yo les entrego a Triple 0 y ustedes me dicen en qué consiste el Proyecto Orbis.

Antón e Igor quedaron estupefactos.

—¿El qué? —Gruñó el primero.

—El Proyecto Orbis.

—No tenemos ni idea de lo que usted está diciendo. Y puede creernos o no, a su gusto.

—Lo cierto es que les creo —murmuró la divina espía—. Sé que están siendo sinceros. Ni siquiera yo misma sé en qué consiste ese Proyecto; han sabido mantenerlo bien oculto… Es más: mi propio jefe me negó, a mí personalmente, la existencia de ese Proyecto. Inconcebible. Bien, camaradas, la entrevista ha terminado.

—Un momento —deslizó Antón—. No hemos solucionado lo de Triple 0.

—Claro que está solucionado —se sorprendió de nuevo la bella Lili—. Simplemente, me lo quedo. Si ustedes me hubiesen facilitado información sobre el Proyecto Orbis, habría cumplido mi palabra de entregárselo. Pero no lo han hecho, ¿verdad?

—No.

—En ese caso, ¡adiós! Celebro haberles conocido.

—Espere un momento más, por favor —pidió Antón—. Usted es Baby, ¿verdad?

—Quizá —sonrió Lili.

—Si es Baby, y yo creo que sí lo es, nos ha mentido: no hay aquí ninguno de sus Simones. Usted suele trabajar sola, siempre que le es posible. Y en esté caso concreto, por lo que ha dicho, se comprende que, como en alguna que otra ocasión anterior, se está enfrentando incluso a la CIA. Por lo tanto, no hay ninguno de sus Simones en el bar.

—En el supuesto de que yo sea Baby, colega, debería usted saber que los Simones me apoyarían aunque estuviese trabajando por mi cuenta y hasta en contra de la CIA. ¿No sabía eso?

—No, no lo sabía.

—Pues si quiere enterarse, sólo tiene que intentar impedirme la salida de este lugar.

—Está sola —la miró Antón, con ojos, entornados—. Completamente sola. Podemos matarla.

Lili Connors frunció el ceño. Luego, alzó su falda, colocó la pistolita en la cara interna del muslo, nuevamente sujeta por la tira de esparadrapo, y se puso en pie. Su gesto era resuelto, su mirada fría.

—Si tienen agallas para comprobar si estoy sola o acompañada, todo lo que han de hacer es sacar sus pistolas. Caballeros, muy buenas noches, a los tres.

Por fortuna, los rusos no tuvieron agallas para hacer ninguna clase de comprobación. Y poco después, cuando doblaba la esquina tras comprobar que ninguno de los tres había salido aún del Princess Bar, Lili Connors lanzaba un fuerte suspiro de alivio que relajó la tensión de sus nervios.

Poco después, en la bicicleta, emprendía el regreso al chalé donde había dejado dormido a Triple 0 y sus tres chicas Sex.

Llegó al chalé apenas diez minutos más tarde, segura de que nadie la había seguido. Evidentemente, los rusos habían querido hacer las cosas con discreción en el Princess Bar; discreción que les había costado la pérdida de una pieza más importante que Triple 0.

Lili entró en el garaje llevando ya la bicicleta por el manillar, y la dejó donde la había encontrado. Todo seguía igual. En el garaje había el resplandor de la luz que salía por debajo del platillo volante colocado sobre la plataforma metálica. Entró en la casa por la puerta lateral, encendió la luz del salón, y vio todavía en el sofá a dos de las muchachas. Es decir, veía sus cabezas, por detrás, ya que el sofá estaba de espaldas a ella.

A medida que se acercaba, vio también la cabeza de la otra, y la reluciente calva de Triple 0. Lo mejor sería buscar algo con qué atarlos de pies y manos a los cuatro. No tenía por qué correr riesgos, no confiarse en exceso. Hacía ya mucho tiempo que había aprendido a no despreciar al enemigo, a vigilarlo siempre, por muy desdeñosa o indiferente que pareciese. Al enemigo no hay que perderlo nunca de vista.

Nunca, porque en cualquier momento, su reacción puede ser temible…

Sin embargo, aquél no era el caso de Oscar Oliver Osgood y sus tres Sex.

Jamás volverían a ser peligrosos.

A menos, claro está, que sea cierto que una persona pueda

convertirse en fantasma y volver a vengarse de los que en vida lo trataron mal.

Por el momento, no eran fantasmas. Sólo cadáveres. Yacían en el sofá, cierto, tal como Lili los había dejado…, sólo que tanto Oscar Oliver como las tres chicas estaban salpicados de sangre. Sangre propia y de los otros tres, pues los balazos que habían perforado sus cuerpos habían ocasionado salpicaduras hacia todos lados. Era un espectáculo trágico y grotesco, escalofriante.

Lili Connors había palidecido y cerrado los ojos.

Y no se sorprendió en absoluto cuando la voz llegó por detrás, procedente del vestíbulo de la casa, en el umbral de la puerta que lo comunicaba con el salón:

—¿Disparamos ya, o tú también quieres morir desnudita, preciosa?

# Capítulo VIII

Se volvió, despacio, abriendo los ojos.

Había tres hombres contemplándola con expresión sarcástica, incluso sádica. Lili no podía censurarse por su descuido, ya que no había sido tal. Ellos habían llegado durante su ausencia, habían matado a Triple 0 y a las tres chicas, y se habían escondido en el recibidor al oírla o verla llegar en la bicicleta. Ahora los tres la estaban apuntando con sus pistolas con silenciador, mostrando aquella odiosa sonrisita en los labios.

—Pues ésta no está dormida —comentó uno de ellos—, así que no comprendo por qué no contesta.

—No hace falta, hombre —dijo otro—: apuesto a que querrá morir desnudita, así que vamos a darle tiempo. De todos modos, creo que antes tendríamos que preguntarle si sabe lo que ha pasado con Oscar y sus chicas. Dinos, preciosa: ¿qué les ha pasado? ¿Por qué estaban tan dormiditos los cuatro?

—No lo sé —murmuró Lili.

—¿Tú eres una de las amiguitas de Oscar?

—Sí… Sí…

—No es cierto —sonrió el sujeto—. Verás, nosotros teníamos que haber ido cerca de Washington a liquidar a una tal familia Kendall, puesto que somos algo así como… bueno, digamos que somos el equipo de demoliciones de la sociedad, ¿comprendes? Lo hacemos todo: cortamos cuellos, colocamos bombas, inyectamos veneno, acribillamos gente impúdica —señaló los cuatro cadáveres—, y, en fin, quitamos de en medio todo aquello que moleste a la sociedad. Mmm… ¡Ah, sí! Bien, teníamos que ir a liquidar a esa familia llamada Kendall cuando de pronto, surge la urgencia: un trabajo, Nassau. ¿Te imaginas la sorpresa, cuando nos dicen que a quien tenemos que liquidar es al pobre Triple 0? ¡Pero si creíamos que era el jefe…!, decimos. Pero no. Resulta que el pobre Triple 0 es el

robot principal, nada más, y las cosas se han puesto tan mal que hay que liquidarlo, porque hay mucha gente que lo conoce y ciertos organismos, muy peligrosos, tras su pista. Así que, en lugar de ir cerca de Washington, venimos a Nassau a toda prisa. Y cuando llegamos a la casa muy sigilosamente…, ¿qué encontramos? Pues, nada menos que a Triple 0 y sus tres cerditas dormidos en el sofá, desnudos, inofensivos. Bueno, eso facilita las cosas, así que los liquidamos a todos. Pero luego pensamos: ¿cómo es posible que estuviesen los cuatro dormidos, tan profundamente, de un modo tan extraño…? Y pensando, pensando…, te oímos llegar en bicicleta. Y yo, para ver si eres muy lista, te digo si eres una de las amiguitas de Oscar, y tú dices que sí, lo cual es mentira, pues sabemos que él sólo tenía tres aquí, y las tres están muertas. Por lo tanto, sumando a esto la desaparición de cierta prisionera que también teníamos que liquidar, estamos llegando a conclusiones sobre ti, primor. ¿Tú eres Lili Connors?

—Sí.

—Vaya —el sujeto se rascó la nuca—. ¿Y qué ha pasado exactamente, si puede saberse?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —farfulló otro de los sujetos—. Tú tendrías que estar prisionera, y en cambio, te encontramos dando un paseo en bicicleta, y Triple 0 y las chicas dormidas. Comprenderíamos que, de un modo u otro, hubieses escapado, pero no podemos comprender que hayas vuelto. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí.

—Bueno. Dinos ahora por qué has vuelto.

—Yo creo —dijo otro— que debería decirnos cómo escapó, y por qué Triple 0 y las chicas estaban dormidos.

—Pues yo, lo que creo —intervino el tercero—, es que ella está deseando quedarse desnudita, para hacer juego con las otras chicas:

Lili había dejado ya el maletín, y retrocedía hacia el sofá, hacia los cadáveres. Se detuvo cuando sus pantorrillas casi tocaban las rodillas de una de las chicas, y comenzó a desnudarse. La pistolita adherida al muslo quedó pronto visible, y uno de los tipos se acercó y la arrancó de un tirón. Otro estaba ya abriendo el maletín, arrodillado en el suelo, y tras un vistazo rápido, lo volvió a cerrar y

se irguió, mirando a Lili y comentando:

—¡Qué buena está la cerdita esta, Raf! Y como no está dormida, podríamos jugar con ella los tres.

El llamado Raf asintió, adelantó una mano, y la deslizó por la piel de Lili, que retrocedió vivamente.

—¡No me toque! —chilló agudamente—. ¡No me toque!

—Bueno —rió el sujeto—, no te voy a tocar. Sólo te voy a morder, perra cachonda. ¡Ven que te…!

—¡No! ¡No me toque! ¡No me toque, no…!

Lili se sujetó los senos con las manos, mientras esquivaba la acometida del sujeto pasando bajo su brazo, y corría hacia el extremo del sofá, para rodearlo y colocarse detrás, interponiéndolo entre ella y los tres asesinos profesionales.

—No se acerquen —jadeó—. ¡No se atrevan a tocarme!

—Esta golfa es tonta —gruñó el que ya la había manoseado antes—. Apuesto a que está harta de acostarse con tipos más asquerosos que nosotros, y ahora va a hacerse la virgen y mártir sólo porque la toco un poco.

—Déjate ya de tonterías —dijo el que mandaba el grupo—. Puesto que ya sabemos seguro qué está desarmada, preguntémosle lo que nos interesa, matémosla, y larguémonos. No me gusta la situación. Usted, imbécil, venga aquí.

—No… ¡No! ¡No quiero que me toquen!

—Menuda cretina —farfulló el manoseador—. Voy a tener que inmovilizarla a patadas. Ahora verás.

Pasó también detrás del sofá. Lili lanzó un gemido de espanto, y se dejó caer de rodillas, desconcertando al hombre, que acabó por echarse a reír, cuando la vio intentando esconderse debajo del sofá.

—¡Pero mira que eres idiot…!

Lili reapareció, empuñando la automática que antes ella misma había colocado allí, para ponerla fuera del alcance visual de Triple 0 y sus chicas si despertaban antes de que ella regresase. Al ver el arma, el sujeto palideció, y quedó agarrotado, sin recordar siquiera que él tenía una pistola en la mano.

¡Pack!, tronó el disparo de la automática.

El hombre salió disparado hacia atrás, con los pies hacia arriba, empujado por el grueso plomo que le entró por debajo de la barbilla y salió por la coronilla, partiendo su cabeza como si fuese una pina

tropical.

Todavía estaba resonando el disparo cuando Lili había ya saltado hacia la izquierda, y aparecía por aquella parte del sofá, acuclillada, ágil, segura, flexible y veloz como un felino.

¡Pack, pack!

Cada disparo de la agente Baby era una sentencia. Y su pulso jamás temblaba cuando sabía que estaba disparando contra asesinos profesionales. Su segundo disparo acertó al que dirigía el grupo en el centro del pecho; el impacto de la automática era tan fuerte que el hombre casi salió del salón, tropezando con sus propios pies y girando, hasta caer de bruces, mientras su compañero, que ni siquiera había salido aún de su desconcierto, recibía la bala justo encima de la rodilla derecha, y lanzaba un espantoso aullido de dolor, giraba, caía de bruces, se revolvía y buscaba con la vista a la rubia, mientras dirigía la pistola hacia donde la había visto la última vez.

Ya no estaba allí.

El descalzo pie de Lili cayó sobre la muñeca del hombre, aplastándola contra el suelo con terrible fuerza, de tal modo que la pistola saltó; acto seguido, el pie ascendió, y el empeine golpeó la barbilla del asesino, que cayó hacia atrás de cabeza, chillando como una auténtica rata… Cuando vino a darse cuenta, Lili estaba sentada a horcajadas sobre su pecho, y le clavaba la punta de la automática en la garganta.

—Cállate —ordenó—. ¡Deja de llorar, valiente!

—¡Mi rodilla, mi rod…!

Lili apretó los labios, y alzó la pistola, para dejarla caer con terrible fuerza sobre la boca del asesino, que lanzó, un berrido tremendo y luego quedó silencioso como un muerto, mirando con expresión desorbitada a la rubia sentada sobre su pecho, que sonrió gélidamente.

—Así me gusta. Sólo hablarás cuando yo te lo diga… ¿Lo entiendes?

El hombre tragó saliva…, y sangre. Posiblemente, algún trozo de diente, pues el golpe con la pistola le había roto tres o cuatro. Los labios eran un horrendo manchurrón rojo, como una fruta reventada y esparcida por toda la cara.

—Sí, vas entendiendo —asintió la rubia—. Vas entendiendo que

no tengo nada que aprender de ti en cuanto a mala sangre, ¿verdad, amigo? Pues aciertas. Y ahora, la conversación va a ser breve, porque todas las explicaciones que tú puedas darme, yo ya las conozco. Excepto una: ¿Quién os envió a matar a Oscar? Y piensa bien tu respuesta, porque yo estoy hablando en serio. ¿Quién os envió?

—Un hombre llamado Nelson Faraday, que vive en Miami. Nosotros también paramos habitualmente allí, y sólo viajamos cuando nos lo ordena… Bueno, cuando nos lo ordenaba Triple 0. Pero ese hombre nos llamó, dijo que teníamos que vernos, y entonces nos envió aquí, a matar a Oscar, y a sus chicas.

—Y a mí.

—Sí… Dijo que debíamos interrogarla, y luego matarla.

—¿Qué teníais que preguntarme?

—Precisamente si Oscar le había hablado a usted de él, de Nelson Faraday, para saber si Oscar lo conocía, y por lo tanto, podía haberle hablado, también, a Brian Kendall.

—Entiendo. Eso quiere decir que el pobre Oscar ni siquiera sabía quién le enviaba las órdenes por la computadora. O al menos, que no tenía que saberlo, y que Nelson Faraday quería estar seguro de que así era, para tranquilizarse aunque la CIA hubiese capturado a Kendall. Está bien. Pero hay una cosa, que no me gusta…, que no tiene sentido, y es que Faraday no quisiera que le conociese Oscar y en cambio no vacilase en darse a conocer a vosotros tres. ¿Por qué esa deferencia hacia vosotros?

—No lo sé. Sólo sé que teníamos que hacer esto, y al volver a Miami, llamarle a un número de teléfono en cuanto llegásemos a nuestro chalé, donde tenemos teléfono privado.

—¿A qué número de teléfono?

—No lo sé… ¡Charlton lo anotó en su libreta, yo no lo sé!

—¿Cuál es Charlton?

El acobardado asesino volvió la cabeza hacia su compañero que había estado llevando la voz cantante. Lili asintió, y preguntó:

—¿Cuál es la dirección de vuestro chalé en Miami?

—No está exactamente en Miami, sino en Miramar, hacia el Norte, cerca de Pembroke Pines… Es en el 2814 de Pembroke Rpad.

—¿Hay alguien más allí?

—No. Vivimos solos los tres.

—¿Cómo es Nelson Faraday? ¿Joven, viejo, alto, bajo…?

—Debe tener unos cincuenta años. Alto, muy elegante, bastante grueso… Su aspecto es muy próspero, imponente, impresionante. Tiene los ojos de un color azul muy claro, como si fuesen de agua…

—¿A quién más conocieron?

—A nadie más. Sólo a Faraday.

Lili Connors asintió con la cabeza, y tras permanecer cosa de medio minuto pensativa, se incorporó, siempre manteniendo a raya al asesino con la pistola.

—Mi rodilla —gimió él—. ¡Me duele mucho!

—Es una pequeña expiación por algunos de tus pecados. No escandalices.

—Pero… necesito un médico…

—Tú, lo que vas a necesitar, es un sepulturero —dijo, gélidamente.

¡Pack!, tronó la automática, enviando una bala al corazón del asesino profesional. Del asesino asesinado.

Lili limpió sus huellas digitales de la automática que había estado utilizando, se vistió, recogió sus cosas, y se dirigió hacia el garaje. Sí, lo mejor que podía hacer era llamar por la radio de bolsillo a los Simones de Nassau, para decirles lo ocurrido en aquella casa y que lo arreglasen, puestos de acuerdo con las autoridades de la isla.

Y mientras tanto, ella emprendería viaje hacia Miami con el platillo volante.

# Capítulo IX

Debían ser las diez de la mañana cuando Nelson Faraday vio a la hermosísima mujer a través del cristal del escaparate de su tienda de artículos electrodomésticos, en la East Flagler, relativamente cerca de Bayfront Park. Se quedó mirándola entre estupefacto y maravillado. ¿Podía ser posible? ¿Era posible la existencia de una mujer como aquélla?

Faraday se acercó más al cristal del escaparate, para verla mejor. Se acercó tanto, que la mujer que estaba en la calle contemplando algunos de los artículos en venta, alzó la mirada, y lo vio. Entonces, le sonrió, y Nelson Faraday casi se sintió mareado de felicidad. Sobreponiéndose rápidamente, correspondió a la sonrisa, y tentado estuvo de guiñar un ojo.

Cuando vio que, finalmente, ella se decidía a entrar en su tienda, Nelson Faraday corrió hacia la puerta, y la abrió justo a tiempo para evitarle tan escasa molestia a la joven.

—Buenos días —sonrió ésta.

—Buenos días, señorita —mostró sus amarillentos dientes Nelson Faraday—. ¿Se interesa por una lavadora automática?

—Sí, en efecto.

Faraday asintió con la cabeza, pero, en el fondo, se dijo que algo no era exacto. No se podía imaginar a aquella mujer en tareas domésticas, no encajaba en absoluto con una lavadora, automática o no. Intentó imaginársela cocinando, por ejemplo, pero el resultado fue el mismo. No, no se imaginaba a aquella mujer realizando labores de ama de casa. Y él tenía muy buena vista y mucha experiencia.

—¿Es para hacer un regalo? —Creyó comprender.

—No. Simplemente, me gustaría saber cómo funciona. Pero me gustaría que me atendiese el señor Faraday, si no ha de molestarle a usted.

—De ninguna manera, puesto que soy Faraday.

Brigitte Montfort sonrió de nuevo, ocultando el inicio de su desencanto.

—¿Nelson Faraday? ¿Es usted Nelson Faraday?

—Así es.

—Bueno, me hablaron de un hombre más joven… Supongo que se referían a su hijo…

El hombre que tenía ante ella movió negativamente la cabeza. Brigitte Montfort había buscado el nombre de Nelson Faraday en el listín telefónico de Miami, y, en efecto, allá lo había encontrado. Había encontrado el nombre, y el número, que era el que había encontrado anotado en la libreta de Charlton. No cabía duda. Sin embargo, el hombre que tenía ante ella, y que estaba moviendo negativamente la cabeza, tenía por lo menos sesenta años, no era alto, ni elegante, ni grueso; en cuanto a sus ojos, eran de color castaño… En definitiva, era la imagen opuesta a la descripción que el asesino asesinado había hecho de Nelson Faraday.

—No pudieron referirse a mi hijo porque no tengo ninguno, señorita. Tengo dos hijas, eso sí. Y cuatro nietas —sonrió— que me gustaría llegasen a ser tan bonitas como usted.

—Muchas gracias —sonrió la divina espía.

—Las que a usted le sobran. ¿De verdad se interesa por una lavadora automática?

—Sí, claro. Bueno, antes quisiera saber cómo funciona. No me gustan los mecanismos complicados.

—¡Pero si es lo más sencillo que hay! Al principio parece que con tantos botones uno tenga que hacerse el gran lío, pero ya verá como comprende en seguida su funcionamiento. ¿Le parece que hagamos una prueba?

—Bueno… Si no es molestia…

—¡Ninguna molestia!

—Quizá no compre la lavadora, de todos modos.

—No importa, no importa. Venga, vamos a probar la…

Nelson Faraday, sesenta y dos años, padre de dos hijas, abuelo de cuatro nietas, se dedicó amablemente a exponer las grandes cualidades y facilidad de manejo de una de las lavadoras automáticas que tenía para la venta. La señorita Montfort le escuchaba con cortesía…, es decir, parecía que le escuchaba, pero

en realidad no era así. La cosa parecía clarísima: el hombre que había enviado a los tres asesinos a Nassau no tenía nada que ver con Nelson Faraday. Sin embargo, había utilizado este nombre, y su número de teléfono… ¿Por qué? También podía ser que el asesino asesinado la hubiese engañado, pero eso no parecía posible, habida cuenta de que Charlton tenía en su libreta anotado el número de teléfono de Miami que, en efecto, correspondía a un tal Nelson Faraday, al que tenía que llamar desde su chalé de Pembroke Road en cuanto llegasen de Nassau, después de haber asesinado a Triple 0, sus chicas Sex, y Lili Connors.

—… Finalmente el centrifugado —explicaba Nelson Faraday—. En cuanto al vaciado de la máquina…

—Le traigo saludos de Triple 0 —dijo, de pronto, Brigitte Montfort.

Nelson Faraday la contempló estupefacto.

—¿De quién?

—De Oscar Oliver. ¿No lo conoce?

—Pues no… Bueno, al menos no lo recuerdo en este momento, francamente.

—Me estoy convenciendo de que me han gastado una broma, señor Faraday. Me dijeron que usted era alto, elegante, más joven, y que tenía los ojos claros. Yo tenía que gastarle una broma de parte de Oscar Oliver Osgood y de tres amigos que envió usted a Nassau.

—Le aseguro que no sé de qué está usted hablando, señorita. Pero las bromas no me molestan…, si las entiendo y tienen gracia, claro. Una vez… Perdone un momento, por favor.

De la trastienda habían salido corriendo dos niñas de ocho a diez años, seguidas por una mujer de algo más de treinta y otra que debía tener cerca de sesenta. Faraday acudió directo hacia las niñas, y Brigitte las oyó llamarle abuelo. El grupo estuvo charlando apenas medio minuto, hasta que Faraday las despidió en la puerta, y se volvió hacia su bella clienta, que le contemplaba pensativamente.

—Son dos de mis nietas —explicó Faraday, sonriente—. Las otras dos viven en una casa en Miami Shores. Son mayores que éstas. Mi hija mayor se casó con un muchacho estupendo, que no quiso quedarse en la tienda. Y lo comprendo, porque tiene mayores posibilidades. Pero la que ha visto usted, que es la madre de esos diablillos…

La señorita Montfort era realmente educada y amable, por lo que estuvo escuchando las explicaciones familiares de Nelson Faraday hasta que encontró el modo de escabullirse sin pecar de descortés.

Sabía ya que todo estaba perdido, pero quería asegurarse.

Era casi mediodía cuando el coche se detuvo cerca de Bayfront Park, delante de la hermosa mujer que sostenía un maletín rojo con florecillas azules estampadas. Ella miró al hombre que la miraba desde la ventanilla derecha, sonrió al captar el gesto que él hizo con las cejas, y se acercó al coche.

Se metió en el asiento de atrás, observada por los dos hombres que ocupaban el asiento delantero.

—¿Sabe usted que tenemos orden de capturarla? —preguntó el que estaba ante el volante.

—Sí. Y ya sé que al llamarles para pedirles ayuda les he puesto en un compromiso, pero así están las cosas: o son ustedes mis Simones, o no son ustedes mis Simones. ¿Han traído lo que les pedí por la radio?

—Sí. Está todo en el maletero. Miré, Baby, nosotros somos sus Simones, desde luego, pero…

—Deja de decir tonterías —gruñó el otro—. Si ella nos necesita, haremos lo que nos pida, y lo sabes perfectamente. Y si nos metemos en un lío con la Dirección por ayudarla, ella misma nos sacará del lío. Además, esa sí es buena: ¡capturar a Baby! ¡En toda mi vida había oído tontería tan grande!

—Eso sí es verdad —sonrió el del volante.

—No están obligados a comprometerse por mí —musitó Baby.

—Estamos diciendo tonterías los tres. ¿Qué hay que hacer?

—Tenemos que ir a Pembroke Road, en Pembroke Pines. ¿Conocen esa localidad?

—Sí. En marcha, Simón I.

—*Okay*, Simón II.

Cuarenta minutos más tarde, el coche se detenía delante de un chalé cuyo número, en letras de metal, estaba clarísimo: 2814. Simón I paró el motor, y se volvió a mirar a su pasajera, que estaba contemplando especulativamente la casa.

—Parece que no hay nadie —murmuró.

—¿Quiere que vayamos nosotros a asegurarnos?

—No… No, yo iré. Pero estén atentos por si ocurre algo.

—Bien.

Brigitte se apeó del coche, y fue hacia la casa. Se detuvo ante la puerta, y pulsó el timbre, sin preocupación alguna por su aspecto, ya que no podrían reconocerla si alguien la estaba mirando. Ya no era la rubia Lili Connors, de ojos verdes y aspecto llamativo, sino Brigitte Montfort, morena, ojos azules, y, en líneas generales, más discreta y elegante.

Dos minutos más tarde, sabía que nadie había en la casa. O, que si había alguien, no quería o no podía abrir. La casa estaba aislada de otras parecidas, rodeada de jardín. La más cercana se hallaba a no menos de veinte metros… Brigitte se colocó de espaldas a esta casa, sacó del maletín el juego de ganzúas, y tras seleccionar una de éstas, hurgó con ella en la cerradura de la puerta. Tardó menos de quince segundos en abrir. Entro, cerró la puerta tras ella, y se colocó rápidamente a un lado, con la pistolita en la diestra.

El silencio era total. Las ventanas estaban cerradas, pero por entre las ranuras de las persianas se filtraban delgadas rayas de luz solar que muy poco después fue suficiente a Brigitte para distinguir las formas a su alrededor. Pasó al saloncito, luego a la cocina, al cuarto de baño, a los dormitorios…

Hacía menos de tres minutos que había entrado en la casa cuándo abrió la puerta, e hizo señas a los agentes de la CIA que esperaban en el coche, un tanto tensos. Captó perfectamente sus suspiros de alivio, y sonrió. Uno de los Simones, se acercó inmediatamente a la casa, entrando. El otro abrió el portaequipajes, y saco una maleta de tamaño mediano, que llevó hacia la casa. Cuando hubo entrado, Brigitte Baby Montfort cerró la puerta, y señaló hacia el salón.

—Está allí. Y no se les ocurra descolgarlo.

Entraron los tres en el saloncito. Simón II abrió un poco más una de las persianas, de modo que todo quedó suficientemente iluminado. Simón I se había colocado delante de la mesita donde estaba el teléfono, y lo miraba críticamente.

—Mientras usted hace el empalme —dijo Baby— Simón II y yo echaremos un vistazo más completo por la casa.

—Bien.

Baby y Simón II abandonaron el saloncito. Simón I abrió la

maleta, y comenzó a sacar de ella herramientas y finalmente, un largo hilo telefónico enrollado, que comenzó a estirar.

Era la una de la tarde.

A las dos, los tres espías habían terminado sus respectivos cometidos en la casa, en la cual no habían encontrado nada que mereciese el interés de Baby. Habían almorzado fruta envasada que habían encontrado en el frigorífico, y también leche. Finalmente, Baby revisó la instalación hecha por Simón I, y que era en verdad sencilla para un experto. La instalación consistía en alargar el cable telefónico que unía el aparato a la conexión de la pared, es decir, que con el aparato se podía alejar uno más de veinte metros del lugar de donde estaba conectado.

—Muy bien —musitó Baby—. Salgamos.

Salieron de la casa los tres, ella llevando en una mano su maletín, y, en la otra, el teléfono. El hilo era ahora tan largo que incluso pudieron llegar al coche. La zona era tranquila, no se veía a nadie, y no era probable que alguien les estuviese viendo. Dentro del coche, Brigitte Baby Montfort descolgó el auricular del teléfono provisto de tan largo hilo.

—¿Y si se equivoca? —susurró Simón II.

—De un modo u otro, he perdido la pista. Todo estaba bien preparado. De todos modos, sí, quizá me equivoque.

Marcó el número de Nelson Faraday. Es decir, el número al que los tres asesinos debían llamar desde su teléfono privado al regresar de Nassau.

Y no.

Baby no se había equivocado.

En cuanto terminó de marchar aquel número, el chalé saltó en pedazos, envuelto en fuego y humo. Algunos cascotes fueron a golpear el coche, y otros cayeron sobre el techo. Una nube de polvo sucedió a la gran llamarada roja y negra…

Brigitte tiró el teléfono por la ventanilla, y se apresuró a subir el cristal, mientras decía:

—Vámonos de aquí. Llévenme al aeropuerto, y luego pueden avisar que me han capturado y que me tienen arrestada… en mi domicilio.

# Capítulo X

Míster Cavanagh asintió con su cabeza noble y poderosa, que le asemejaba a un león.

—Es decir —musitó—, que el hombre que ordenó la muerte de Oscar Oliver Osgood a los tres asesinos que usted mató en Nassau, utilizó el nombre y el teléfono de Nelson Faraday como podía haber utilizado cualquier otro. Se trataba de que a su regreso de Nassau, los tres asesinos llamasen a un teléfono desde el suyo, desde su chalé…, en el cual, el Nelson Faraday falso había preparado la explosión. De este modo, muerto Triple 0 y sus tres asesinos, y desaparecido el falso Faraday al que jamás encontraremos, la CIA no podrá jamás saber quiénes son las personas que pagaban y dirigían a Triple 0. Es decir, que no tendremos acceso a esa información masiva que éste recibía.

—Evidentemente. Es como si nada hubiese ocurrido, señor.

Míster Cavanagh inclinó la cabeza, y quedó silencioso. Brigitte se quedó mirándolo. Estaban los dos solos en el salón del apartamento de Brigitte en la Quinta Avenida neoyorquina. Cavanagh había acudido a aclarar las cosas con su mejor elemento en el Grupo de Acción Mundial… Y, por lo tanto, tenía que hacerlo, tenía que aclararlas. Al menos, hasta donde estaba autorizado.

—Sí ha ocurrido algo —dijo con voz tensa—: Brian Kendall ha muerto.

Baby palideció.

—¿Quiere decir que lo han matado en la Central? —inquirió con voz aguda.

—No y sí. Le aseguro que no fue maltratado de obra, Brigitte. Por supuesto, fue tratado con dureza, pero no físicamente. De todos modos, la tensión fue excesiva para él: su corazón no resistió. Cayó fulminado de un infarto.

—Bien… Supongo que en esto no me está mintiendo, señor.

—No. Hemos pensado tratar discretamente el asunto, así que su familia será informada de que Brian Kendall ha fallecido de un ataque al corazón cuando estaba trabajando en una misión importante y que requería viajes y muchísima discreción por su parte, pero en realidad bastante rutinario todo. No hay que darle a lo sucedido el menor relieve, en ningún sentido.

—Bueno —Brigitte encendió un cigarrillo—. Tenemos que, al morir. Triple 0, hemos desorganizado, por el momento, ese grupo dedicado a explotar financieramente secretos importantes. También ha desaparecido un traidor en la persona de Brian Kendall. Asimismo, los rusos han salido beneficiados, pues han retirado de la circulación a su agente traidor Daniel Zekov, gracias a la información de la CIA. ¿O la CIA no avisó a la MVD?

—Lo hicimos —asintió Cavanagh.

—Ya. Bien, la CIA, la MVD y otros servicios secretos que tenían traidores que vendían secretos a Triple 0, han salido beneficiados…, por el momento. Y digo por el momento porque esa gente, esa organización que manejaba a Triple 0 como a un robot dentro de su máquina voladora perfectamente equipada, volverán a las andadas. Buscarán nuevos traidores, y seguirán con su espionaje financiero. ¿No está de acuerdo, señor?

—Mucho me temo que sí lo harán.

—Bien… Los estaremos esperando, y quizá Baby tenga más suerte la próxima vez. No siempre podrán burlarme. Pero observe un detalle, señor: yo he ayudado a la CIA, a la MVD y a todos los servicios secretos que tenían traidores en sus filas, al contribuir a la destrucción de Triple 0. Pero a mí, nadie me ha ayudado, ni nadie quiere decirme la verdad. Tendré que quedarme sin saber lo que es el Proyecto Orbis, que tanto asustó a Brian Kendall…

—Vamos, Brigitte —refunfuñó Cavanagh—, no es necesario que finja conmigo.

La bellísima espía miró desconcertada a su jefe.

—¿Cree que estoy fingiendo? ¿Por qué?

—Usted debe tener el microfilme que contiene el Proyecto Orbis.

—¿Yo? ¡Claro que no! La CIA debió recuperarlo en Marathon Key, supongo. O bien llegó el sobre enviado por Kendall al apartado de Oscar Oliver, o bien la CIA remontó la ruta que debía seguir una carta, y recogió el sobre en Correos, antes de que fuese

distribuido… ¡Y no me diga que no ha sido así!

—Hemos hecho todo eso, desde luego, pero el sobre dirigido a Triple 0, no ha aparecido. No existe, en definitiva. Y estamos seguros de ello, pues ya hemos remontado su ruta, como usted bien ha comprendido.

Brian Kendall nos mintió: no envió el sobre al apartado de Triple 0 en Marathon Key.

—¿Pues adónde lo…? Un momento: ¿Cree usted que me lo envió a mí?

—No, porque hemos estado vigilando también su buzón, y no ha llegado nada semejante. Supongo que no se escandaliza porque hayamos fisgados en su correspondencia.

—Debería avisar al FBI —sonrió Brigitte—. Creo que la violación de correspondencia entra en sus funciones específicas, ¿no es así?

—No es momento para bromear.

—No estoy bromeando, en realidad. Le aseguro qué yo no tengo ese microfilme, señor.

—Pues alguien lo tiene.

—De acuerdo, si usted lo dice. Pero no yo.

—Brigitte: si ese microfilme va a parar a manos ajenas a la CIA o la MVD, puede ocurrir algo terrible.

—¿Por ejemplo…?

—¿De verdad no lo tiene usted?

—No.

Cavanagh se pasó las manos por la cara. Estaba muy preocupado. Muchísimo. Ni siquiera reaccionó cuando sonó el carillón, que indicaba que alguien llamaba a la puerta. Peggy, el ama de llaves de Brigitte, pasó por delante del salón, hacia la puerta… Pocos segundos después, se oía el vozarrón de Frank Minello, que apareció con los brazos en alto, y gritando:

—¡Bien venida a mis brazos, Reina de…! ¡Ah!

—¡Hola, Frankie! —le saludó amablemente Cavanagh.

—¡Hola, buenas noches…! Mmmm… ¡Zambomba, supongo que molesto!

—No —Cavanagh se puso en pie—. Ya me iba.

—Hombre, no tenga tanta prisa. Le debo a Brigitte un chiste estupendo, que le gustará a usted. Es el chiste de la viuda… ¿Lo sabe ya?

—La verdad, Frankie, es que no tenemos ganas de chistes —dijo Brigitte.

—Pues te debo el de la viuda. Y dejamos pendiente el asunto del sol y la luna… ¡Y aquello de la chinche en un cerebro! ¿Prefieren escuchar esto? Verán, un sujeto que estaba durmiendo tan tranquilo… ¿No? ¿Tampoco?

—Tampoco, Frankie —negó Brigitte.

—El chiste de la viuda es muy bueno… ¡Zambomba!, ya supongo que si está míster Cavanagh aquí es que algo importante ha sucedido o va a suceder, pero no creo que se termine el mundo, ¿verdad? Por cierto, Brigitte: ¿vas o vienes?

—Vengo. Estos días he estado dedicada a algunas cosillas poco importantes, que ya terminé. Y para serte sincera, creo que lo que me conviene es distraerme, olvidar lo ocurrido… Así que iré contigo al Morning News en cuanto míster Cav…

—Hablando del Morning… —Minello se dio una palmada en la frente, y luego comenzó a buscar en sus bolsillos—. Tengo una memoria fatal. Resulta que llegó una carta para ti al Morning, y como yo sabía que estabas fuera, la tomé para traértela, a fin de que la tuvieses en cuanto llegases. No parece nada importante. ¡Ni siquiera figura el nombre del remitente…! ¡Ajá, aquí está! Vaya, se ha arrugado un poco…

Frank Minello colocó la carta contra su pecho, y le pasó las manos por encima, para alisarla. Mientras lo hacía, se dio cuenta, por fin, del extraño modo en que lo estaban mirando Brigitte y míster Cavanagh. Miró velozmente de uno a otro, y acabó por poner cara de susto.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¿He hecho algo malo?

—Dame la carta, Frankie. Y por favor, ve a mi dormitorio y tráeme mi maletín. Está en el armario, ya sabes.

—¡Eureka…! ¡Aprovecharé para darme un revolcón por la cama donde duerme mi amor…!

Minello salió del salón, y Brigitte y Cavanagh se quedaron mirando fijamente. Por fin, la espía sonrió secamente, abrió el sobre, y sacó otro sobre, dentro del cual había todavía otro más pequeño, que contenía un papel doblado, dentro del cual, en efecto, estaba el microfilme. Al verlo, Cavanagh avanzó hacia Brigitte, tendiendo la diestra, pero la divina negó con la cabeza. No

retrocedió, ni hizo gesto alguno de esquiva o protección. Simplemente, dijo:

—Si quiere este microfilme antes de que yo lo haya leído, tendrá que quitármelo a la fuerza, señor.

Cavanagh palideció. Se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. Brigitte desdobló el papel contenido en el último sobre, y leyó rápidamente lo escrito:

«Perdóneme por haberle mentido, pero voy a explicarle por qué lo he hecho, y espero que lo comprenda. Mi deseo, ante todo, es que usted llegue hasta Triple 0 y lo mate, de modo que él no pueda ordenar la muerte de mis familiares. Por otro lado, cuando usted haya hecho esto y vuelva a su trabajo, se encontrará con el microfilme. Le dije que lo había enviado a Triple 0 para que usted fuese allá, y al mismo tiempo para desorientar a la CIA, de tal modo que al no aparecer el microfilme se diese por perdido, o, en todo caso, que no supiesen que lo tenía usted. Y yo quiero que lo tenga, para que vea si hay alguna acción o solución contra el Proyecto Orbis. Soy un traidor por dinero, un puerco: de acuerdo. Pero no tan puerco que no reaccioné ante lo que he leído. Supongo que no podré escapar mucho tiempo a la persecución de nuestros amigos, así que en cuanto le sea posible, intente hacer algo por mí. Gracias y buena suerte.

»Brian Kendall».

—¿Puedo leerlo? —Tendió la mano, Cavanagh, cuando Brigitte alzó la cabeza.

Ella asintió, y le entregó el papel escrito. Minello regresó con el maletín cuando Cavanagh estaba leyendo. Del maletín, Brigitte sacó sus gemelos de teatro, colocó el pequeño microfilme en la ranura, y se puso a contraluz. Cavanagh terminó de leer la misiva, y miró a su espía favorita. La vio ir palideciendo, hasta un extremo que le inquietó. Más aún se inquietó Minello, que tomó a Brigitte de un brazo.

—Brigitte, ¿qué te…?

Ella se desasió, con un gesto tan brusco que desconcertó a Minello, que miró a Cavanagh.

—¿Qué está leyendo?

Cavanagh no contestó. El silencio era total en el lujoso salón. Durante tres o cuatro minutos sólo Brigitte se movió apenas, para ir

introduciendo el pequeño microfilme en el visor. Por fin, se dejó caer en un sillón, y quedó con la mirada fija en el techo.

—¿Qué pasa? —Se inquietó Minello—. ¿Por que estás tan pálida, Brigitte? ¿Te encuentras mal? ¿Quieres que te sirva un coñac?

—No, Frankie, gracias.

—Bueno, pero…, ¿qué tienes? ¡Zambomba, me estás asustando! ¿Qué es lo que has leído ahí, o qué has visto?

—El Proyecto Orbis. Te diré aproximadamente en qué consiste Ante todo, hay que aclarar que es un plan conjunto ruso y norteamericano, es decir, que Rusia y Estados Unidos lo han elaborado mano a mano. ¿Y sabes en qué consiste? Verás… Todo son planes para contener el desarrollo económico y social de determinadas naciones, controlar las razas y las naciones menos importantes, repartirse los productos de esas naciones, colocar en ellas sus excesos de producción, provocar guerras con el fin de contener la expansión demográfica y al mismo tiempo vender miles de millones de dólares en armas fabricadas en Estados Unidos y la Unión Soviética, y también, cada uno en un bando, ser el gran amigo imprescindible… En pocas palabras, Frankie: USA y URSS se están repartiendo el mundo, su producto, las vidas de sus habitantes así como su grado de cultura y de confort humano, de aquí al año dos mil. Están manipulando todas las naciones del mundo y las vidas de seis mil millones de personas. ¿Lo comprendes?

—Debe ser una broma tuya —sonrió Minello—. Y me está bien empleado, por hacer preguntas. Entiendo perfectamente que este asunto no me concierne, así que me voy… ¿Verdad que se trata de eso, míster Cavanagh?

—Sí —musitó Cavanagh—. Sí, así es, sí.

—Bueno, pues no molesto más. ¡Manipular el mundo, qué tontería…! ¿Te espero en el coche o no, Brigitte?

—Sí. Bajaré en seguida, Frankie.

—Bien. Proyecto Orbis… ¡Memeces!

Minello abandonó el apartamento. Brigitte y Cavanagh quedaron silenciosos, ella mirándole a él, él mirando al suelo. Por fin, Cavanagh suspiró, y alzó la cabeza.

—¿Puedo llevarme el microfilme? —susurró.

—No.

—Vamos, Brigitte, sea razonable…

—¿Razonable? Me voy a quedar este microfilme, señor, pero usted dirá en la Central que no lo he recibido, y que, probablemente, Brian Kendall los engañó, para entretenerlos mientras el microfilme llegaba a su verdadero destino. Un destino desconocido. O sea, que el microfilme puede estar ahora en manos de personas que quizá no crean en él, en su contenido, pero que lo negociarían en cuanto el primero de los planes contenidos en el Proyecto Orbis, fuese puesto en marcha por la CIA y la MVD, por Estados Unidos y Rusia conjuntamente, de tal modo que ambos países quedarían desenmascarados ante el mundo. Si usted dice eso, dudo mucho que se decidan a llevar adelante el Proyecto Orbis, porque siempre tendrían pendiente la amenaza del microfilme, la amenaza de que alguien informase a los demás países de la sucia jugada de Rusia y Estados Unidos. Por tanto, se abstendrán de hacer cualquier cosa que tenga parecido con el Proyecto Orbis. Y eso es lo que yo quiero, eso es por lo que yo llevo tantos años jugándome la vida. ¿Razonable? Creo serlo más que todos juntos. Soy razonable y consecuente, soy siempre igual, sé siempre lo que quiero. Y lucho por ello. No le entregaré a usted, ni a nadie, el microfilme, porque quiero que ese Proyecto sea detenido, destruido. ¿Razonable? Veamos cuán razonable es usted… Tiene que tomar una decisión ahora. Una de ellas consiste en ponerse de mi parte, en ir a decir que no he recibido el microfilme, y que Dios sabe quién lo tiene y qué hará en cuanto ocurra algo parecido a lo del Proyecto Orbis; con eso estaría usted de mi parte. Otra decisión que puede tomar, es ir a decir que la agente Baby tiene el microfilme, con todo el Proyecto Orbis, y que enviará copias a todos los servicios secretos del mundo en cuanto el Proyecto Orbis comenzase a funcionar; con ello, la CIA ordenaría, sin más, mi asesinato. ¿Razonable? ¿Cuán razonable es usted, señor? Elija: ¿con Baby… o contra Baby? Nos hemos enfrentado en varias ocasiones por pequeñas cosas, y sabe muy bien que no le guardo rencor. Pero ahora tiene que elegir de una vez por todas: la destrucción del Proyecto Orbis, o mi asesinato. ¡Adiós, señor!: le deseo un feliz viaje de regreso a Washington.

—Ya sé que no cambiará de idea —susurró Cavanagh.

—No. Ahora comprendo por qué Kendall decía que se iba a poner en marcha un gran cementerio. El más grande de todos,

desde luego: el propio mundo, todo el mundo. El planeta Tierra convertido en un enorme cementerio a disposición de Rusia y Estados Unidos… Aquí me sobran cien millones de seres, aquí me faltan veinte, éstos tienen que consumir trigo que me sobra, a éstos les haremos pasar hambre para que acepten la guerra con sus vecinos cuando nos convenga… ¡Pero si ni siquiera hace falta que arrojemos bombas de Hidrógeno para matarlos, señor! Solamente dígales a esas personas lo que se pretende hacer con ellas, lo que se está haciendo…, ¡y se morirán solas, del susto! No hacen falta cien bombas H, ni mil… ¿Para qué? ¡Eso sería un despilfarro! Sólo digámosles cómo pensamos manipularlos, y se morirán. Se morirán de miedo, de odio, de tristeza, de espanto, de dolor, de incredulidad, de angustia… ¡Ya no necesitamos bombas atómicas, ni rayos Láser, ni nada parecido, nos basta con decirles en qué consiste el Proyecto Orbis, para matarlos de miedo y de pena! ¿Se lo decimos? ¿Se lo decimos al mundo, señor?

Míster Cavanagh se acercó a Brigitte, que tenía la mano extendida, con la palma hacia arriba y el *microfilm* en ella. Estuvieron mirándose casi medio minuto, con una fijeza terrible. Por fin, Cavanagh se inclinó un poco, y besó dulcemente, brevemente, los sonrosados labios de la espía más peligrosa del mundo.

—¡Adiós, Brigitte!

Cuando Cavanagh se marchó, Brigitte Montfort todavía tenía el microfilme con el Proyecto Orbis en la palma de su mano. Evidentemente, míster Cavanagh había tomado una clara decisión.

# Este es el final

Frank Minello vio llegar a Brigitte, y se inclinó para abrirle la portezuela. Cuando ella se hubo sentado, puso en marcha el motor, y masculló:

—¡Menuda tomadura de pelo con ese Proyecto Orbis! ¡Lo que os habréis reído de mí!

—No me digas que no sabes aguantar una broma —le miró, sonriente, Brigitte.

—¿Que yo no sé aguantar una broma? ¡Mejor que nadie en el mundo!

—Me alegro, Frankie.

—Pero a mí me gusta que la gente me corresponda, querida y adorada Reina del Amor, así que si yo aguanto tus chistes, tú tienes que aceptar los míos. ¿O no?

—Me parece justo —asintió Brigitte.

—Pues te voy a contar el de la viuda… ¡Je, je…! ¡Es un chiste de lo más cachondo! Verás, hay una mujer, joven y bonita, que se queda viuda, pero, al poco tiempo, conoce a otro hombre, que se enamora de ella, y, pues eso, que le pide que se case con él. La mujer…

—La viuda, quieres decir.

—Sí, claro, la viuda. Bueno, pues la viuda, le dice que no, que recuerda a su primer marido, que sería como traicionarlo, que si esto, que si aquello… Pero la viuda está como un tren, y el pretendiente no desiste. Total, que la convence para que se case con él, finalmente. Ya faltan pocos días para la boda, y la viudita, por las noches, sale al balcón, y mirando al cielo, pide disculpas al difunto: «Perdóname, Charlie, pero ya ves, sola en la vida, he encontrado otro hombre que me quiere»… Y así, durante varios días, la viudita; sale al balcón a mirar al cielo y a pedirle perdón a Charlie por aceptar a otro hombre. Total, que por fin se casan. Llega

la noche de bodas… En fin, ya sabes, ¿no? Y a la madrugada siguiente, la recién casada viudita sale al balcón, mira al cielo en busca de Charlie, y le dice: «Charlie…, ¡aprende!».

Brigitte Montfort quedó impávida. Pero Minello, que la conocía bien, la miraba con atención. Y así, la vio ponerse cada vez más roja, hasta que la espía ya no pudo contenerse más, y soltó la carcajada.

—Ya te dije que el chiste era bueno —rió Minello—, y no como esa tontería del Proyecto Orbis.

**FIN**